

EUGENE O'NEILL

ni por un momento más, se lanza hacia la puerta del dormitorio.)

¡Alfred!

(Se detiene en el umbral, mirando el suelo del cuarto interior, transfigurada de horror. Luego lanza un salvaje alarido y corre hacia la otra puerta, hace girar la llave y la abre frenéticamente de par en par. Y se precipita al vestíbulo gritando como una loca.)

TELÓN

Eugene O'Neill

¡AH, SOLEDAD!

en Viaje a la noche y
otros ocho dramas

1960, Buenos Aires
Editorial Sudamericana

PERSONAJES

NAT MILLER, dueño del "Evening Globe"

ESSIE, su esposa

ARTHUR

RICHARD

MILDRED

TOMMY

sus hijos

SID DAVIS, hermano de Essie

LILY MILLER, hermana de Nat

DAVID MCCOMBER, su hijo

MURIEL MCCOMBER, su hija

WINT SELBY, discípulo de Arthur en Yale

BELLE

NORA

BARMAN

VIAJANTE

ESCENARIOS

ACTO PRIMERO

Sala en casa de los Miller, en un importante pueblo del Connecticut, en las primeras horas de la mañana del 4 de julio de 1906.

ACTO SEGUNDO

Comedor de los Miller, en el anochecer del mismo día.

ACTO TERCERO

Escena I: Reservado del bar, en un hotelucho, a las 10 de la misma noche.

Escena II: El mismo escenario del acto primero —la sala de los Miller— poco después de las once de la misma noche.

ACTO CUARTO

Escena I: De nuevo la sala de los Miller, a la una de la tarde siguiente, poco más o menos.

Escena II: Una franja de playa a lo largo del puerto, a las 9 de la noche.

Escena III: El de la escena primera —la sala— a las diez de la misma noche, aproximadamente.

Escenario: Sala de la casa de los Miller, en un importante pueblo de Connecticut, alrededor de las 7.30 de la mañana del 4 de julio de 1906.

La habitación es bastante grande, de aspecto simpático y cordial bajo la luz matutina, y está amueblada con una escrupulosa insipidez burguesa propia de la época. Debajo de las dos ventanas de la izquierda, primer término, un sofá con almohadones de seda y raso contra la pared. A foro del sofá, una biblioteca con puertas de vidrio, llena de colecciones baratas, cubre el trecho restante de pared. En la pared de foro, izquierda, una puerta doble con hojas deslizantes y portières, que lleva a una salida del fondo, oscura y sin ventanas. A la derecha de esa puerta, otra biblioteca, esta vez pequeña y abierta, atestada de libros para adolescentes y con las novelas de más venta de los últimos años. A la derecha de esta biblioteca, el gemelo de la doble entrada de su izquierda, con puertas corredizas y portières, que lleva a una salita bien iluminada. En la pared de la derecha, foro, una puerta de alambre tejido que da al porche, y más allá dos ventanas, entre las cuales hay un escritorio y una silla. En el centro, una mesa grande y redonda, con una lámpara para leer, de pantalla verde; el cordón de la lámpara sube hasta uno de

los cinco portalámparas de la araña suspendida en lo alto. En torno de la mesa están agrupadas cinco sillas: tres mecedoras a la izquierda, a la derecha y detrás de la misma; dos sillones a foro e izquierda de la mesa. La mayor parte del suelo está cubierto por una alfombra relativamente barata. Las paredes están empapeladas de blanco, con un dibujo azul feo y cordial.

Del comedor, detrás de la sala de los fondos, llega un rumor de voces que conversan: la familia está terminando de desayunarse. Luego se oye la voz de la señora Miller, que dice elevando el tono, imperativamente: "¡Tommy! ¡Vuelve a terminar tu leche!" Al mismo tiempo, Tommy aparece en el umbral de la sala de los fondos. Es un niño tostado por el sol, regordete, de once años, de ojos oscuros, de cabello rubio humedecido y alisado en parte con pomada y semblante jovial, lustroso, con una orla de leche visible alrededor de los labios. Aunque estalla de reprimida energía y ansias de iniciar sus travesuras para festejar el 4 de julio, ha vacilado dócilmente al oír el llamado de su madre.

TOMMY (contestándole, con tono suplicante). — Oh, ya estoy atiborrado de leche, mamá. Y te pedí que me excusaras y dijiste que estaba bien. (Se oye la voz de su padre, que habla con su madre. Luego, ésta dice: "Bueno, Tommy", y el niño pregunta ansiosamente:) ¿Puedo andarme, ahora?

LA VOZ DE LA MADRE (corrigiendo). — ¡Puedo irme!

TOMMY (nervioso, pero obediente). — ¿Puedo irme, mamita?

LA VOZ DE LA MADRE. — Sí. (Tommy se lanza hacia la puerta de alambre tejido que da al porche, a la derecha, como un corredor pedestre liberado por el disparo que da

la señal de partida. Un momento después, la familia sale de la sala de los fondos: viene del comedor. A la vanguardia, van Mildred y Arthur. Mildred tiene quince años, es alta y esbelta, de facciones grandes e irregulares, asemejándose a su padre en su absoluta ausencia de toda pretensión de belleza. Pero sus grandes ojos grises son hermosos: tiene vivacidad y una sonrisa atrayente, y todos la consideran una muchacha seductora. Viste blusa y falda, a la manera de la época.)

(Arthur, el hijo mayor de los Miller, que vive aún en su casa, tiene diecinueve años. Es alto, pesado, de pecho recio y musculoso, con el tipo de jugador de rugby de la época, de rostro cuadrado e impassible, pequeños ojos azules y tupido cabello bermejo. Sus modales son solemnemente universitarios. Viste a la última moda de las universidades del momento, que se ha alejado un poco de las exageraciones de los años anteriores, pero se atiene aún a las hombreras y a los pantalones sujetos a medias con broches, tan ajustados en sus bocamangas que no se los puede quitar con los zapatos puestos.)

MILDRED (cuando aparecen, con aire inquisitivo). — ¿Adónde vas hoy, Art?

ARTHUR (con aire digno y superior). — Eso es cosa mía. (Saca del bolsillo con aire aparatoso una bolsita de tabaco en la cual se hallan estampados una gran Y y números de clase, y una pesada pipa de cerezo con una Y de plata y números, y empieza a cargar ésta.)

MILDRED (burlonamente). — ¡Apostaría a que lo sé, de todos modos! ¿Quieres que te diga las iniciales de ella? ¡E. R.!(Ríe. Arthur, complacido por esta insinuación sobre sus actividades donjuanescas, considera de todos modos que no sería digno de él contestar. Va hacia la mesa, enciende la pipa, toma el diario de la mañana, se arrellana en la

butaca de izquierda foro de la mesa, y empieza a silbar una canción mientras inspecciona los titulares. Mildred se sienta en el sofá a la izquierda, primer término.)

(Mientras tanto, han llegado de la salita la madre de ambos y su tía Lily, hermana de su padre. La señora Miller tiene unos cincuenta años, es bajita, regordeta, de un bello castaño claro que va perdiendo su color, salpicado de pelos grises. Debe haber sido francamente bonita cuando muchacha, con su carita redonda, atrayente, de facciones pequeñas y ojos grandes. Ahora éstos son pardos, suaves y maternos, con el aire atareado propio de una madre con bastante familia. Viste blusa y falda. Lily Miller, su cuñada, tiene treinta y seis años, es alta, morena y delgada. Por fuera, su tipo es el convencional de la maestra solterona, basta en sus anteojos. Por detrás de los anteojos hay unos ojos grises dulces y cansados, y toda su apariencia revela una tímida bondad. Su voz contrasta francamente con su aspecto: es suave y plena de dulzura. Viste también blusa y falda.)

SRA. MILLER (cuando ambas entran). — Hacerle tomar la leche a Tommy es como... (De pronto nota la puerta de alambre tejido que ha quedado entreabierta.) ¡Dios mío, miren esa puerta abierta! ¡La casa se llenará de moscas! (Abalanzándose a cerrarla.) ¡Se lo he dicho mil veces... y ya lo ven! ¡Es perder el tiempo! (Cierra, con un portazo.)

LILY (sonriendo). — Bueno, no se puede esperar que un niño se acuerde de cerrar las puertas... el 4 de julio. (Va tímidamente hacia la silla de respaldo recto que está a la derecha, primer término, delante del escritorio, dejándoles los confortables sillones a los demás.)

SRA. MILLER. — Eso es propio de ti, Lily... Siempre le buscas excusas. Lo echarás a perder a pesar de todos mis esfuerzos. (Se deja caer en la mecedora, a la derecha de

la mesa.) ¡Oh! Qué calor siento... ¿Y tú? El día será pesado. (Toma una revista de la mesa y empieza a mecerse, abanicándose. Mientras tanto, han entrado su marido y su hermano de la salita, ambos fumando cigarros. Nat Miller tiene cincuenta y tantos años, es alto, moreno, flaco, algo cargado de espaldas, bastante calvo; viste con una torpe tentativa de sobria respetabilidad, que se impone a una innata negligencia en el vestir. Su enjuto rostro es grande, irregular, de facciones indiferenciadas, pero sus ojos son bermosos, inteligentes, joviales.)

(Sid Davis, su cuñado, tiene cuarenta y cinco años, es bajo y gordo, calvo, con el rostro arrugado de un niño travieso que no ha terminado de crecer. Viste lo que ha sido antaño un traje de color chillón muy elegante, pero que está ahora deformado y es de un corte y color casi indescriptibles.)

SID (cuando entran). — Oh, el empleo me gusta mucho, Nat, Waterbury es un hermoso pueblo cuando uno lo conoce bien. (Sigue con tono algo lastimero, como oprimido por una pena secreta.) Sí, la vida está a la vista allí... ¡si uno busca la vida en Waterbury!

SRA. MILLER. — ¿Qué es eso de Waterbury, Sid?

SID. — Decía que ese pueblo está muy bien, a su manera... pero que no hay sitio como el hogar. (Como para subrayar esta observación, se oyen junto al porche una serie de explosiones, ya que Tommy inicia la celebración del 4 de julio haciendo estallar una serie de cohetes. Todos los miembros de la familia se levantan de un salto de sus asientos.)

SRA. MILLER. — ¡Ese chico! (Corre hacia la puerta de alambre tejido y sale al porche, llamando:) ¡Tommy! ¡Recuerda lo que te dijo papá! ¡Llévate tus cohetes al patio del fondo! ¿Me oyes?

ARTHUR (*frunciendo el ceño, desdenosamente*). — ¡Qué chiquilín descarado! Lo hizo a propósito para asustarnos.

MILLER (*sonriendo, a pesar de su fastidio*). — ¡Maldito mocososo! Terminará por incendiar la casa antes de la noche.

SRA. MILLER (*volviendo del porche, furiosa aún*). — Bueno, por fin conseguí que se fuera a los fondos. Ahora tendremos un poco de paz. (*Como para contradecirla, empieza en los fondos una serie de explosiones, y estos ruidos prosiguen a intervalos durante toda la escena, sin la fuerza de la primera explosión, pero con suficiente nitidez para perturbar la conversación.*)

MILLER. — Bueno... ¿Qué planes tienen ustedes para hoy? Sid, tú te vienes conmigo al picnic del Sachem Club, naturalmente.

SID (*algo turbado*). — Claro que sí. Mejor dicho... Me gustaría ir, Nat... siempre que...

SRA. MILLER (*mirando a su hermano, con sonriente sospecha*). — ¡Hum! ¡Sé qué significa siempre el picnic del Sachem Club!

LILY (*interrumpe con forzada jovialidad, detrás de la cual se oculta una profunda seriedad*). — No, esta vez no, Essie. Sid se ha reformado desde que trabajó en el periódico de Waterbury. Por lo menos, eso es lo que me juró anoche.

SID (*rebuscando sus ojos, humillado y liquidando el asunto con tono festivo*). — Ahora, soy puro como la nieve. Me han elegido candidato a la presidencia de la Liga Femenina de Templanza. (*Todos ríen.*)

SRA. MILLER. — Sid, eres imposible. Todo lo tomas a broma. Pero ten cuidado... ¿me oyes? Esta noche tendremos una cena especial a base de pescado y no quiero que... que vuelvas a casa en condiciones que no te permitan apreciarlo.

LILY. — Oh, sé que hoy tendrá cuidado. ¿Verdad, Sid?

SID (*más molesto que nunca, tomando a broma el asunto y con tono enfático*). — ¡Lily, te juro que si algún hombre me ofrece un trago, lo mato... si cambia de idea! (*Todos ríen, menos Lily, que se muerde el labio y se pone rígida.*)

SRA. MILLER. — Es inútil hablar con él, Lily. Ya debieras conocerlo a esta altura. Sólo podemos confiar en que todo termine bien.

MILLER. — Bueno, dejen en paz a Sid. Hoy es el 4 de julio y hasta un esclavizado periodista tiene derecho a divertirse los días de asueto.

SRA. MILLER. — Yo no pensaba solamente en Sid.

MILLER (*con un guiño a los demás*). — ¡Cómo! ¿Estás insinuando que, en alguna oportunidad, yo mismo...?

SRA. MILLER. — Bueno... Para hacerte justicia, no... No es lo que podría llamarse... Pero te he visto volver de ese maldito picnic del Sachem Club y... ¡Bueno! ¡No necesité que ningún pajarito me dijera que habías estado en otra parte también! (*Sonríe jovialmente. Miller contesta con una risita.*)

SID (*con una mirada furtiva a la rígida y silenciosa Lily, cambia bruscamente de tema volviéndose hacia Arthur*). — ¿Cómo piensas pasar la fiesta del cuatro, joven universitario? (*Arthur se pone rígido y asume un aire digno.*)

MILDRED (*burlona*). — Te lo puedo decir yo, si él no quiere.

SRA. MILLER (*sonriendo*). — Irá a casa de los Rand, me imagino.

ARTHUR (*con suma dignidad*). — Yo y Bert Turner llevaremos a Elsie y Ethel Rand a dar un paseo en canoa. Haremos un picnic en la isla Strawberry y almorzaremos allí. Y esta noche me quedó a cenar en casa de los Rand.

MILLER. — Bueno. Ese es tu programa. ¿Y el tuyo, Mid?

MILDRED. — Yo voy a la playa, a casa de Ana Culver.

ARTHUR (*sarcástico*). — ¡Naturalmente, no habrá machachos! ¿Johnny Dodd, por ejemplo?

MILDRED (*después de una risita, meneando coquetamente la cabeza*). — ¡Bah! ¿Qué me importa Johnny Dodd? No es el único guijarro de la playa.

MILLER. — Basta de alfilerazos, hijos. ¿Y tú y Lily, Essie?

SRA. MILLER. — No lo sé. No me he trazado un plan, aún. ¿Y tú, Lily?

LILY (*sosegadamente*). — No. Haré lo que tú quieras.

SRA. MILLER. — Pues se me ocurre que podríamos simplemente quedarnos sentadas, descansando y charlando.

MILLER. — Para charlas tienen todos los días. Hoy es el 4 de julio. Se me ocurre algo mejor. ¿Qué les parece un paseito en automóvil? Sacaré el Buick y daremos una vuelta por los alrededores del pueblo. Hasta el faro y de vuelta. Luego, Sid y yo las dejaremos aquí o donde quieran y nos iremos al picnic.

SRA. MILLER. — Me parece bien. ¿Y a ti, Lily?

LILY. — Sería agradable.

MILLER. — Entonces, asunto arreglado.

SID (*con turbación*). — Lily... ¿Querías venir conmigo esta noche a ver los fuegos artificiales de la playa?

SRA. MILLER. — Eso es, Sid. Sácala de paseo. La pobre Lily nunca se divierte, se lo pasa enclaustrada conmigo.

LILY (*sonrojada y contenta*). — A mí... a mí me gustaría, Sid. Gracias. (*Con aire aprensivo*.) Salvo que vuelvas a casa... ya lo sabes.

SID (*turbado y humillado nuevamente, vuelve a liquidar el asunto, con tono solemne*). — Me temo que Lily es muy maliciosa, Nat. Lo lamento por tratarse de tu hermana. (*Todos rien. Hasta Lily no puede reprimir una sonrisa.*)

ARTHUR (*con tosca jovialidad*). — Oye, tío Sid. ¡Que no te encuentre besándote sobre un banco con tía Lily esta noche... o tendré que llamar a un policía! (*Sid y Lily se muestran muy molestos ante esta broma, que cae en el vacío, salvo en lo que se refiere a Mildred, que no puede contener una risita al imaginarse a la madura pareja besándose.*)

SRA. MILLER (*con tono de reproche*). — ¡Arthur!

MILLER (*secamente*). — Basta. Tu educación como jugador de rugby en la universidad parece haber embotado tu sentido del humor.

SRA. MILLER (*repentinamente, sobresaltada*). — Pero... ¿dónde está Richard? Lo hemos olvidado por completo. Sí... ¿Dónde está ese niño? Creí que había venido aquí con nosotros, después del desayuno.

MILDRED. — ¡Apostaría a que está en algún rincón, escribiéndole un poema a Muriel McComber! ¡El muy tonto! O fingiendo escribirlo. Creo que no hace más que copiar...

ARTHUR (*mirando hacia el comedor*). — Está todavía en el comedor, leyendo un libro. (*Volviéndose, con aire desdeñoso.*) Caramba... Ahora se pasa el tiempo leyendo. ¡Linda manera de divertirse durante las vacaciones!

MILLER (*caústicamente*). — También leía sus libros de estudio, por raro que te parezca. Por eso fué el primero de su clase. Confío en que, antes de que te vayas de New Haven, tendrán tiempo de enseñarte que la lectura es una buena costumbre.

SRA. MILLER (*con severidad*). — Eso me recuerda algo, Nat. Pensaba hablarte de esos horribles libros que lee Richard. Tienes que echarle un buen sermón por eso. (*Se levanta.*) Iré a buscarlos. Los encontré en el sitio del ropero donde los escondió. Espera y verás... (*Se va precipitada-*

MILDRED. — No irá porque no está Muriel. Apostaría a que tiene cita con ella en alguna parte.

RICHARD (*sonrojándose, confuso*). — ¡Cállate! (*A su padre.*) Creo que preferiría quedarme en casa, papá... por lo menos, esta mañana.

MILLER. — Para ayudar a Tommy con sus cohetes, ¿eh?

RICHARD (*irguiéndose, con dignidad*). — No, por cierto. (*Prunciendo el ceño, con aire intencionado.*) No creo en esa tonta celebración del 4 de julio... en todas esas mentiras sobre la libertad... ¡cuando no hay libertad!

MILLER (*con un fulgor en los ojos*). — Hum.

RICHARD (*acalorándose*). — ¡El país de los libres y la tierra de los valientes! Debieran llamarla la tierra de los esclavos... ¡la tierra de los esclavos del salario pisoteados por la clase capitalista, que pasan hambre, que reclaman pan para sus hijos y no reciben más que una piedra! ¡El 4 de julio es una estúpida farsa!

MILLER (*tapándose la boca con la mano para disimular una sonrisa*). — Hum... Tus palabras son muy duras. Más vale que no repitas esas opiniones fuera de casa o te meterán en la cárcel.

SID. — Y tirarán la llave.

RICHARD (*con aire sombrío*). — Que lo hagan. Pero... ¿y la libertad de palabra que garantiza la constitución? ¿Eh? ¿Supongo que también eso es una farsa...? (*Con aire ceñudo.*) No, celebren ustedes su 4 de julio. ¡Yo celebraré el día en que se vuelva a usar la guillotina y vea que traen a Pierpont Morgan en una carreta! (*Su padre y Sid se divierten mucho con esto; Lily está escandalizada, pero al advertir lo gracioso de la situación en las miradas de ambos, sonríe. Mildred mira a Richard con perplejo asombro, ya que nunca ha oído nada semejante. Sólo Arthur exhibe la ultrajada reacción de un patriota.*)

ARTHUR. — ¡Oye, mocosos insolente, basta de disparates! ¡Debieran darte un puñetazo en la nariz por hablar así del 4 de julio!

MILLER (*solemnemente*). — Hijo, si yo no supiera que eres tú quien habla, creería que eso lo dice Emma Goldman, la anarquista.

ARTHUR. — No te preocupes, papá. Espera a que lo tengamos en la universidad, en Yale. ¡Allí ya le sacaremos esas ideas!

RICHARD (*con soberano desdén*). — ¡Oh, Yale! Para ti en el mundo sólo existe Yale. Después de todo... ¿qué es Yale?

ARTHUR. — ¡Ya te enterarás!

SID (*provocativamente*). — ¡No te dejes impresionar por ellos, Richard! ¡Zúrralos de lo lindo! ¡Qué diablos!

LILY (*escandalizada*). — ¡Sid! Tú no debieras blasfemar ante...

RICHARD. — ¿Por quién me tomas, tía Lily...? ¿Por una criatura? Ya he oído cosas peores que todo lo que pueda decir el tío Sid.

MILLER (*con cómica resignación*). — Bueno, Richard. Ya sé que no hay más remedio que escuchar por lo menos un discurso callejero cada 4 de julio. Pero creo que después de haber oído tu vigorosa perorata después del desayuno me he ganado el descanso para el resto del día. (*Todos ríen, comprendiendo la intención.*)

RICHARD (*sombrío*). — ¡Eso es, ríanse! ¡Después de ustedes, el diluvio! ¿Verdad? Pero... ¡cuidado! ¿Y si llegara antes? ¿Por qué no habrían de unirse y rebelarse todos los proletarios del mundo? ¡Nada tienen que perder! ¡Sólo sus cadenas! (*Recita, con tono amenazante.*) "¡Los días se vuelven calurosos, oh Babilonia! ¡Hay frescura bajo tus sauces!"

MILLER. — Hum... Está bien. Pero, ¿qué tiene que ver con eso? ¿Es del libro que has estado leyendo?

RICHARD (*con aire superior*). — No. Aquello es poesía. Esto es prosa.

MILLER. — Tengo entendido que, entre ambas cosas, hay cierta diferencia. ¿Qué libro es ése?

RICHARD (*con aire importante*). — "La Revolución Francesa", de Carlyle.

MILLER. — Ajá... De modo que fué ahí donde encontraste la carreta donde pusiste al pobre Pierpont Morgan. (*Con aire grave*.) Me alegro de que lo hayas leído, Richard. Es un libro excelente.

RICHARD (*con poco lisonjero asombro*). — ¡Cómo! ¿Lo has leído?

MILLER. — Te diré... Hasta el dueño de un periódico lee algún libro de vez en cuando.

RICHARD (*confuso*). — Yo... Yo no quise decir... Te conozco... (*Con entusiasmo*.) Oye... ¿Verdad que es un gran libro? Aunque esa parte sobre Mirabeau... y sobre Marat y Robespierre...

SRA. MILLER (*viene de la sala, muy fastidiada y enojada*). — ¡Olvídate de Robespierre, jovencito! ¡Díme dónde has puesto esos libros! Estaban en el estante de tu ropero y los has escondido en otra parte. ¡Vé y tráeselos inmediatamente a tu padre! (*Richard, por un momento, parece de pronto culpable y abrumado. Pero luego se pone con decisión a la defensiva.*)

MILLER (*después de mirarlo rápidamente, con aire comprensivo*). — No hace falta que los traigas ahora. Nos perderemos toda la mañana con esos malditos libros. Y, de todos modos, Richard tiene derecho a formarse su biblioteca... siempre que sus libros, naturalmente, no sean demasiado... ¿Qué libros son éstos, Richard?

RICHARD (*con afectación*). — Bueno... Hay...

SRA. MILLER. — Te lo diré yo si él no te lo dice... y le echarás un buen sermón. (*Después de mirar a Richard, prosigue con menos severidad.*) No es que yo culpe a Richard. Debe tener algún amigo que quiere dárselas de avanzado y perverso y que le ha hablado de...

RICHARD. — ¡No! Me he enterado de su existencia yo mismo, en los periódicos y en otros libros.

SRA. MILLER. — Bueno. El caso es que los tenía en el ropero. Dos de ellos eran de ese horrible Oscar Wilde, a quien mandaron a la cárcel por quién sabe qué maldad.

ARTHUR (*repentinamente y con solemne autoridad*). — Cometió el delito de bigamia. (*Al ver que Sid reprime un acceso de risa.*) ¿De qué te ríes? Creo saber lo que digo. Me lo explicó un compañero de la universidad. Su padre estaba en Inglaterra cuando detuvieron a ese Wilde... y me dijo que su madre se lo había preguntado en cierta ocasión a su padre y que éste le había dicho que Wilde incurrió en bigamia.

MILLER (*disimulando una sonrisa con la mano*). — Bueno. Entonces, así debe ser, Arthur.

SRA. MILLER. — Para mí, que ese Wilde es muy capaz de haber hecho eso... o cualquier otra cosa. Uno de los libros se llamaba El Retrato de no sé qué.

RICHARD. — ¡El Retrato de Dorian Gray! ¡Una de las mejores novelas que se hayan escrito!

SRA. MILLER. — Pues a mí me parece pura hojarasca barata. Y el segundo libro era de versos. La Balada de no sé qué.

RICHARD. — La Balada de la Cárcel de Reading, uno de los poemas más grandes que se conocen.

SRA. MILLER. — Todos esos versos se refieren a uno que mató a su mujer y lo ahorcaron, que bien merecido

lo tenía, según me parece. Y, además, había dos libros de ese Bernard Shaw...

RICHARD. — ¡El más grande de los dramaturgos vivos!

SRA. MILLER. — ¡Por lo menos, así lo dice el propio Shaw! Ya sabes de quién se trata, Nat. Es el que escribió esa comedia sobre... bueno, tanto da... ¡Algo tan infame que ni siquiera lo dejaron representar en Nueva York!

MILLER. — Hum... Ya recuerdo.

SRA. MILLER. — Uno de los libros contenía varias de sus piezas teatrales y el otro tenía un título largo que no pude entender, sólo sé que no era una comedia.

RICHARD (*orgullosamente*). — "La Quintaesencia del Ibsenismo".

MILDRED. — ¡Bah! ¡Vaya un nombre! ¿Qué significa eso, Dick? (*A los demás.*) ¡Apuesto a que no lo sabe!

RICHARD (*ultrajado*). — ¡Sí que lo sé! ¡Trata de Ibsen, el más grande de los dramaturgos después de Shakespeare!

SRA. MILLER. — ¡Sí, también había un tomo con comedias de Ibsen! Y poemas de Swin no sé cuántos...

RICHARD. — Poemas y baladas de Swinburne, mamá. ¡El más grande de los poetas después de Shelley! ¡Dice la verdad sobre el amor auténtico!

SRA. MILLER. — ¡El amor! Bueno, todo lo que puedo decirles es que, a juzgar por algunos fragmentos que he leído aquí y allá, si a ése no lo mandaron a la cárcel con Wilde, se lo merecía. Algunas de las cosas que decía... Bueno... ¡Simplemente, no pude leerlas! ¡Tan indecentes me parecieron! Todo eso se refería a... Bueno... No puedo decirlo ante Lily y Mildred.

SID (*con un guiño a Richard, festivamente*). — No te olvides de prestarme ese libro cuando lo hayas terminado, Dick. Siento necesidad de un poco de educación poética.

LILY (*escandalizada, pero riendo*). — ¡Sid! ¿No tienes vergüenza?

SRA. MILLER. — No le veo la gracia. Y luego, estaba Kipling... pero supongo que no será tan malo como los otros. Y, finalmente, había un poema... uno largo... el Rubay... ¿Cómo era, Richard?

RICHARD. — El "Rubaiyat", de Omar Khayyam. ¡El mejor de todos!

MILLER. — Oh, yo lo he leído, Essie. Tengo un ejemplar en la oficina.

SID (*con entusiasmo*). — Yo, también. ¡Es una maravilla!

LILY (*con tímida excitación*). — Yo... yo también lo he leído... en la biblioteca. Me gustan... algunas de sus partes.

SRA. MILLER (*escandalizada*). — ¡Pero, Lily!

MILLER. — Todos leen eso ahora, Essie... y por lo visto no daña a nadie. Contiene cosas bellas, a mi entender... cosas ciertas.

SRA. MILLER (*algo desconcertada e insegura ahora*). — Pero, Nat... No comprendo cómo puedes... Aquello me pareció horriblemente impío... Digo, las partes que leí.

SID. — Recuerdo ésta... (*Cita, enfáticamente.*) "Oh, Tú, que obstruiste con peligros y trampas el camino que yo iba a recorrer..." Bueno, yo siempre noté cómo me obstruía el camino la ginebra... ¡en otros tiempos, naturalmente! (*Mira de soslayo, con aire de broma, a Lily.* Los demás rien. Pero Lily está sumida en una melancólica ensañación y no lo ha oído.)

SRA. MILLER (*con acritud y reprimiendo evidentemente su sonrisa habitual por tratarse de Sid*). — ¡Tú siempre eliges los versos con licor!

¹ Juego de palabras. "Gin" significa lo mismo "trampas" o "ardides" que ginebra. (N. del T.)

LILY (*de pronto, con triste emoción, cita torpe y tímidamente*).— Me gusta... porque es cierto:

"El Móvil Dedo escribe y sigue de largo; y toda tu piedad y tu ingenio ya no podrán hacerlo volver para borrar media línea ni lavar una palabra todas tus lágrimas."

SRA. MILLER (*asombrada, como todos los demás*).— ¡Lily! Nunca te había oído recitar versos, hasta ahora!

LILY (*inmediatamente, se siente culpable y dice con aire de excusa*).— Yo... Se me atascaron en la memoria, no sé cómo.

RICHARD (*mirándola, como si la viera por primera vez*).— ¡Bravo, tía Lily! (*Con entusiasmo*.) ¡Pero eso no es lo mejor! Lo mejor es...

"Un libro de versos bajo el ramaje, un jarro de vino, una hogaza de pan... y tú, a mi lado, cantando en la soledad..."

ARTHUR (*mortalmente aburrido por todas estas citas poéticas, se ha arrimado a la ventana a foro del escritorio, derecha*).— ¡Hola! Miren quién viene por el sendero... ¡El viejo McComber!

MILLER (*con irritación*).— ¿David? ¿Qué diablos querrá ese maldito viejo...? Sid, ya veo que no iremos a ese picnic.

SRA. MILLER (*fastidiada*).— McComber no tardará en notar nuestros preparativos, es inútil mentirle. (*Abrumada por otra idea*.) ¡Esa Nora! ¡Es tan torpe...! ¡Jamás se acuerda de atender la puerta de calle si yo no se lo digo! Nat, tienes que hablar con David. Le diré a Nora que lo

librate de él lo antes posible! Sea cual fuere el objeto de la visita de ese viejo estúpido... (*Ella y Lily se van precipitadamente por la salita de los fondos*.)

ARTHUR.— Me voy... Tengo el tiempo justo para alcanzar el autobús de las ocho y veinte.

MILDRED.— Yo también quiero tomarlo. ¡Espera a que traiga mi sombrero, Art! (*Corre a la salita de los fondos*.)

ARTHUR (*le grita*).— ¡No puedo esperar! Me alcanzarás si te apuras. (*Se vuelve en el umbral de la sala, con una sonrisa*.) ¡Quizá MacComber haya venido a averiguar si tus intenciones con su hija son honestas, Richard! ¡Más vale que huyas mientras estás a tiempo! (*Se va, riendo*.)

RICHARD (*algo impresionado, pero aparentando valor*).— ¿Crees que le tengo miedo?

MILLER (*lo mira, frunciendo el ceño*).— No se me ocurre para qué... Pero será para quejarse de algo, no cabe duda. Ojalá yo no tuviese que ser amable con ese viejo buho... pero es el mejor anunciante de mi periódico.

SID (*con aire comprensivo*).— Lo sé. Pero, de todos modos, puedes mandarlo al infierno. Él necesita el aviso más que tú. (*Desde los fondos de la casa llega el sonido del timbre*.)

MILLER.— Ahí está. Véete, Richard... pero vuelve apenas se haya ido McComber... ¿me oyes? Aún no he terminado contigo.

RICHARD.— Sí, papá.

MILLER.— Más vale que tú te vayas también, Sid. Ya sabes que a McComber no le gustan las bromas.

SID.— ¡Y me adora como a un purgante! Ven, Richard. Le ayudaremos a Tommy a festejar el 4 de julio. (*Toma a Richard del brazo y ambos salen por la puerta de la*

haga pasar aquí. Lily, sube por la escalera de servicio y trae tus cosas. Yo subiré dentro de un momento. ¡Nat,

sala de los fondos. Miller mira a través de la sala del frente la puerta de calle y dice, con forzada jovialidad:)

MILLER. — Hola, David. Adelante. ¿Qué buenos vientos lo traen aquí este glorioso 4 de julio?

(Una voz seca y débil le contesta: "Buenos días", y al cabo de un momento David MacComber aparece en el umbral de la sala del frente. Es un hombrecito delgado, reseco, de cabeza barto grande para su cuerpo y encaramada sobre un cuello flaco y huesudo, y de alargado y solemne rostro caballuno con ojillos negros muy hundidos, una nariz roma e informe y una boca que es una diminuta ranura. Tiene poco más o menos la edad de Miller, pero es totalmente calvo y aparenta diez años más. Viste con afectada pulcritud un traje negro viejo y lustroso.)

MILLER. — Venga, siéntese y póngase cómodo. *(Le tiende la caja de cigarros.)* ¿Un cigarro?

MCCOMBER *(sentándose en la silla que está a la derecha de la mesa, dice con acritud)*. — Olvida usted que no fumo.

MILLER *(con risa forzada)*. — Es verdad. Bueno. Fumaré solo, entonces. *(Muere malignamente la punta del cigarro, como si quisiera que fuese la cabeza de McComber y se sienta enfrente de él.)*

MCCOMBER. — Usted me ha preguntado qué me trae aquí, de modo que iré al grano. Lamento decirle que es algo desagradable... mejor dicho, deshonesto... ¡y que se refiere a su hijo Richard!

MILLER *(empezando a erizarse como un puercoespín, pero conservando la calma)*. — Oh, vamos, David. Estoy seguro de que Richard no ha...

MCCOMBER *(con aspereza)*. — Y yo estoy seguro de

MILLER *(ásperamente)*. — Concretemos. ¿De qué lo acusa?

MCCOMBER. — De ser un libertino y un blasfemo... de tratar deliberadamente de corromper la moral de mi hija Muriel.

MILLER. — ¡Entonces, me temo que tendré que calificarlo de embustero, David!

MCCOMBER *(sin darse por ofendido, con el mismo tono seco)*. — Supuse que me diría eso, de modo que traje algunas de las pruebas. Tengo muchas otras en casa. *(Saca una cartera del bolsillo interior del saco, elige cinco o seis trocitos de papel y se los tiende a Miller.)* Estos son buenos ejemplos del resto. Mi esposa los descubrió en una gaveta de la cómoda de Muriel, escondidos bajo la ropa interior. Todas las cartas son de puño y letra de Richard, usted no podrá negármelo. Por lo demás, Muriel confesó que fué él quien se las escribió. Léalas y diga luego si soy un embustero. *(Miller ha tomado las cartas y las lee, frunciendo el ceño. McComber sigue hablando.)* Evidentemente, sus ocupaciones no le han permitido cuidar debidamente de la educación de Richard o de sus lecturas... aunque no comprendo cómo lo ha descuidado su madre. De todos modos, eso es cosa de ustedes y tanto me da. Pero sí me importa Muriel y no puedo permitir que su inocencia se exponga a ser contaminada por un joven cuyo espíritu, a juzgar por las lecturas que elige, es tan sucio como...

MILLER *(con un tremendo esfuerzo por dominar su ira)*. — ¡Vamos, viejo estúpido! ¡No se da cuenta de que

que si. Supongo que no me calificara de embustero.

MILLER.—Nadie ha dicho semejante cosa. Sólo quise decir que debe estar equivocado si cree que...

MCCOMBER.—No me equivoco. ¡Tengo la prueba de todo, de puño y letra del propio Richard!

es tan inocente como Muriel! ¡Y un niño grande como ella! (*Con desdén, empuja las cartas al otro lado de la mesa.*) Esta hojarasca nada significa para mí... es decir, nada de lo que usted cree. ¡Si presume que esto podría corromper a Muriel, será porque la cree muy fácil de corromper! Pero apostarí a que Muriel sabe de la vida mucho más de lo que usted supone... ¡y adivina que no la trajo una cigüeña por la chimenea de su casa!

MCCOMBER.—Ahora usted insulta a mi hija. No lo olvidaré.

MILLER.—No la insulto. Creo que Muriel es una excelente muchacha. Por eso le concedo el buen sentido normal. Yo diría otro tanto de mi propia hija Mildred, que tiene la misma edad.

MCCOMBER.—No sé nada de su Mildred, salvo que es bien conocida en todas partes por lo coqueta. (*Con más aspereza.*) ¡Me imaginé que usted se mostraría obstinado, pero no soñé que tendría el descaro de afirmar, después de haber leído esas cartas, que su hijo era inocente de toda fechoría!

MILLER.—¿Y qué creyó usted que haría?

MCCOMBER.—¡Simplemente su deber de ciudadano, para proteger a los hijos de los demás! ¡Darle a Richard una paliza que recordara toda su vida! ¡Convendría que lo hiciera por su propio bien, si tuviera un poco de sentido común... ¡Salvo que quiera verlo terminar en la cárcel!

MILLER (*con los puños cerrados, se inclina sobre la mesa*).—¡Dave, lo he aguantado todo lo que podía! ¡Fuera

Richard sólo es un niño tonto que pasa por la etapa en que los jovencitos se rebelan contra toda autoridad, y por eso se abalanza sobre los libros más extremistas y se los hace conocer a sus mayores y a sus amigas y amigos, para que admiren su satanismo? ¡Pero si en el fondo Richard

con el mío. Acabo de castigar a Muriel. No le permitiré salir de casa durante un mes y tendrá que acostarse todas las noches a las ocho en punto. Y es completamente inocente, si se la compara con...

MILLER.—¡He dicho que ya lo he aguantado bastante, Dave! (*Hace un gesto amenazador.*)

MCCOMBER.—No necesita ponerme la mano encima. Me voy. Pero hay algo más. (*Saca una carta de su cartera.*) Aquí tiene una carta de Muriel para su hijo. (*La pone sobre la mesa.*) Revela claramente, a mi entender, su opinión actual sobre Richard, ahora que se le han abierto los ojos. Confío en que su hijo haga caso de lo que dice ahí, por su propio bien y por el de usted... ¡porque, si alguna vez lo atrapo rondando mi casa nuevamente, lo haré arrestar! Y sepa que usted lamentará sus insultos. Retiro mi aviso de su periódico... y le aseguro que no volveré a publicarlo, a menos que usted se disculpe por escrito y me prometa castigar...

MILLER.—¡Antes lo veré a usted en el infierno! ¡En cuanto a su maldito aviso, lléveselo y váyase al diablo!

MCCOMBER.—Eso es mera farsa. Usted sabe que mi aviso le hace mucha falta. Y yo también lo sé. (*Se encamina ceremoniosamente hacia la puerta.*)

MILLER.—¡Oiga! ¡Escúcheme un momento! ¡Sepa que, ya sea que usted cambie de idea o no, desde mañana me negaré a publicar su condenado aviso! ¡Póngase eso en su pipa y fúmelo! ¡Además, iniciaré una campaña para alentar a los capitales de la ciudad a instalar un almacén

de aquí ¡Y váyase pronto, antes de que le dé un puntapié en el trasero para ayudarle!

MCCOMBER (*con su voz seca de antes, levantándose lentamente*).—No tiene por qué perder los estribos. Sólo le pido que cumpla con su deber, como he cumplido ya

de ramos generales que le haga la competencia y no estafe al público, como probaré que lo estafa usted!

MCCOMBER (*algo impresionado por esta amenaza, pero con el mismo tono seco*).—Lo acusaré ante los tribunales por calumnia.

MILLER.— ¡Cuando haya terminado mi campaña, no quedará en todo el pueblo una sola persona con ganas de comprarle un trapo de cocina!

MCCOMBER (*más impresionado, sus ojos se mueven nerviosa y furtivamente*).—Todo eso es pura farsa. Usted no se atrevería... (*Por fin, dice con tono indeciso*.) Bueno, adiós. (*Y se va. Nat lo sigue con la mirada. Poco a poco, la ira se esfuma de su rostro y en éste sólo queda un aire afligido y disgustado. Sid sale de la sala del fondo. Se está curando una quemadura de la mano derecha, pero en su rostro hay una ancha sonrisa de satisfacción.*)

SID.—Me quemé la mano con uno de esos malditos cohetes de Tommy y vine a buscar vaselina. Escuché el final de tu riña. ¡Bravo, Nat! ¡Le hiciste pasar las de Cain!

MILLER (*sombrio*).— ¡Para lo que servirá! Él sabe que todo eso ha sido mera charla.

SID.—Eso es precisamente lo que ignora, Nat. El viejo avaro tiene una conciencia culpable.

MILLER.—Todos los que me conocen, saben que jamás usaría mi periódico para una treta tan sucia y maligna... por más mal que me hiciera McComber.

SID.—Sí. Todos los que te conocen, Nat, saben que eres un viejo tonto, demasiado decente para tu bien. Pero McComber nunca te vió así hasta ahora. Te aseguro que se ha ido con un susto de proporciones. (*Ríe burlonamente.*)

MILLER (*abatido aún*).—No sé qué me irritó tanto. Lo malo con los bribones como McComber, es que a los diez minutos de estar en su compañía uno se vuelve tan bribón como ellos.

de esos libros hallados por Essie... que Richard le ha estado pasando a Muriel para educarla. Fué esto lo que provocó el alboroto. (*Frunciendo el ceño.*) Tengo que hacer algo con ese joven anarquista o se meterá en camisa de once varas... y me meterá a mí también. (*Patéticamente impotente.*) Pero... ¿qué puedo hacer? Ajustarle más el bocado, empeoraría las cosas. Entonces, Richard tendría un tirano a quien desafiar. ¡Eso le gustaría, qué demonios!

SID (*ha estado leyendo las cartas, con una gran sonrisa y súbitamente lanza un silbido*).— ¡Caray! ¡Esto sí que está bueno! (*Recita, con burlona vehemencia:*)

"Tu amor exaspera mi vida; tus ojos [suspiros me encoguen, tus cabellos me queman, tus intensos dividen mi carne y mi espíritu con suave sonido..."

MILLER (*con hosca sonrisa*).—Hum... Ésa se me pasó. Deben ser unos versos de Swinburne. Nunca leí nada de él, pero he oído decir que le sucedió algo así.

SID.—Sí. Esto lleva el título de "Anactoria"... de Swinburne. No sé qué será. ¡Pero espera, espera y escucha! ¡Falta todavía lo peor! (*Recita con acrecentado apasionamiento cómico:*)

"¡Ojalá yo pudiera beber tus venas como vino y comer tus pechos como miel, ojalá tu cuerpo se viera destruido y consumido de la cabeza a los pies y en mi carne tu carne se sepultara!"

MILLER (*con una incorregible sonrisa infantil en el*

SID. (*advierte los papeles que están sobre la mesa.*) — ¿Qué es esto? ¿Algo que trajo él? (*Los toma y empieza a leer.*)

MILLER (*sombrío*). — Ejemplos de la nueva libertad...

Es realmente excesivo... ¡exageradísimo! No me gusta nada, Sid. Estas cosas no se le deben enviar a una chica decente. (*Más inquieto.*) Yo creí que Richard estaba realmente encandilado con ella... como suele encandilarse uno con una muchacha a su edad... ¡Mucho claro de luna, mucho oprimirse las manos y un beso y otro beso! Pero esto parece... Me pregunto... ¿No la habrá estado rondando Richard para ver qué podía conseguir? (*Irritado.*) ¡Por Dios que, si eso es cierto, se merece la paliza que debo darle, en opinión de McComber! ¡Hay que ponerle freno ya!

SID. — Sí, no estaría bien que Richard pusiera en apuros a una muchacha decente.

MILLER. — Lo único que puedo hacer, es plantearle el asunto derechamente. (*Con orgullo.*) Richard se mantendrá firme, suceda lo que suceda. Sé que nunca me ha mentado.

SID (*al oír ruido en la sala de los fondos, mira hacia allí y dice, en un susurro*). — Entonces, ahí tienes tu oportunidad. Me voy y los dejo solos... Veré si las del sexo débil están listas arriba. Pronto tendremos que ponernos en marcha... si queremos ir a ese picnic. (*Cuando va a salir, Richard viene de la sala de los fondos, muy nervioso evidentemente a causa de la visita de McComber.*)

RICHARD (*adoptando un tono forzado e inocente*). — ¿Cómo está tu mano, tío Sid?

SID. — Perfectamente, Dick, gracias... Sólo que me duele un poco. (*Salta. Miller mira a su hijo con el ceño fruncido. Richard lo observa rápidamente de soslayo y adopta un tono más afectado y culpable.*)

rostro). — ¡Demonios y aleluya! ¡Imagínatelo al viejo Dave digiriendo eso por primera vez! ¡Dios mío, daría mucho por verle la cara! (*Luego, con un dejo de escandalizada censura en la voz.*) Pero esto no es cosa de broma.

dorso de la mano y volviéndolos a tirar antes de que estallaran... y cayó uno y tío Sid no fué lo bastante rápido y el cohete estalló casi sobre...

MILLER. — Dejemos eso. Tengo que hablarte de algo más importante que los cohetes.

RICHARD (*aprensivo*). — ¿De qué, papá?

MILLER (*súbitamente, le pone las manos sobre los hombros y dice, con serenidad*). — Mira, hijo. Voy a hacerte una pregunta y quiero una respuesta franca. Te advierto de antemano que, si la respuesta es "Sí", te castigaré, y te castigaré seriamente, porque habrás hecho algo que ningún hijo mío debe hacer. Pero sé que nunca me has mentado y creo que eres incapaz de mentirme hasta para salvarte del castigo. ¿No es así?

RICHARD (*impresionado, con dignidad*). — No mentaré, papá.

MILLER. — ¿Has estado tratando de hacer con Muriel algo... algo que no debías...? Ya me entiendes.

RICHARD (*lo mira absorto durante unos instantes, como si no pudiera comprender. Luego, al entender, en su semblante se nota una escandalizada indignación*). — ¡No! ¿Por quién me tomas, papá? ¡Jamás lo haría! ¡Ella no es de esas! Pero... ¡pero si yo la quiero! ¡Voy a casarme con ella... cuando egrese de la universidad! ¡Ella dijo que se casaría conmigo! ¡Somos novios!

MILLER (*con gran alivio*). — Perfectamente. Eso es todo lo que quería saber. No se hable más del asunto. (*Le da una palmada de aprobación en la espalda.*)

RICHARD. — No sé cómo pudiste pensar... ¿Te dijo eso de mí ese viejo idiota de McComber?

MILLER (*letrado, ahora*). — ¿No te parece inconveniente?

RICHARD (con risita forzada). — ¿Sabes una cosa, papá? El tío Sid es un niño más grande que Tommy, nada más. Estaba tirando cohetes al aire y barajándolos sobre el

MILLER (¡...!)
te colgarle esos pitetos a tu futuro suegro? Es una falta de respeto. (Después de mirar de soslayo el rostro indig-

nado de Richard, señala los trocitos de papel que están sobre la mesa.) La verdad es que no se lo puede culpar del todo al viejo Dave cuando se lee esa literatura que hiciste llover sobre su inocente hija... ¿no opinas lo mismo?

RICHARD (advierde las cartas y se turba, pero trata de disimularlo inmediatamente con altanera negligencia). — Ah... ¡De modo que era por esto! ¡Las encontré! Le dije a Muriel que tuviera cuidado... Bueno, más vale que McComber se entere de una vez de lo que es la vida y se libere de sus ideas brumosas y anticuadas.

MILLER. — Sin embargo, temo que tiene razón y que esas cartas no son una lectura muy adecuada para una muchacha. (Con sutil ironía.) Están bastante bien, a su modo, para ti que eres un hombre, pero... Piénsalo y verás que estás de acuerdo conmigo.

RICHARD (turbado). — Este... Solamente se las di porque me gustaban los versos... y quería que Muriel afrontara la vida tal como es. Muriel le tenía tanto miedo a la vida... y a su padre... miedo de que la gente dijera de ella esto y lo otro... miedo de amar... miedo de todo. Hasta temía que yo la besara. Y pensé que, leyendo esas cosas... Son lindas... ¿verdad, papá? Cref que le darían valor a Muriel para vivir su vida y no pensar... no pensar siempre en tener miedo.

MILLER. — Comprendo. Bueno. Pues temo que Muriel sigue sintiéndose asustada. (Toma la carta de la mesa.) Aquí tienes una carta suya. McComber me dijo que te la entregara. (Richard toma la carta de manos de su padre,

algo así como fascinado terror. Miller mira durante unos instantes su rostro y le vuelve la espalda, turbado y molesto.) ¡Qué diablos! Será mejor que me vaya arriba a vestirme o no iré nunca a ese picnic. (Se va con aire confuso y poco natural por la sala del frente. Richard sigue mirando aborrido la carta durante unos instantes; luego apela a todo su coraje, la rasga y comienza a leerla rápidamente. A medida que lee, su rostro se muestra cada vez más ultrajado y patético, hasta que finalmente su boca se contrae en las comisuras de los labios, como si se dispusiera a prorrumpir en sollozos. Con un esfuerzo, los reprime y su semblante enrojece de humillación y agravada ira.)

RICHARD (estallando). — ¡La cobarde! ¡La odio! ¡No puede tratarme así! ¡Ya verá! (Al oír voces que llegan de la sala del frente, se mete rápidamente la carta en el bolsillo interior del saco y hace todo lo posible por mostrarse tranquilo e indiferente, y hasta trata de silbar una canción. Pero el silbido se extingue lastimeramente cuando su madre, Lily y Sid salen de la sala. Visten todos los complicados arreos usados para viajar en automóvil en esa época: guardapolvos, velos, antiparras; y Sid luce además una elegante gorra.)

SRA. MILLER. — Bueno. ¡Por fin vamos a partir, a Dios gracias! Esperemos que no se nos atraviesen nuevos visitantes. ¿No sabes qué quería ese McComber, Richard? Sid no supo decírnoslo.

RICHARD. — A mí, que me registren. Pregúntaselo a papá.

SRA. MILLER (adivinando inmediatamente algo en su

con indecisión y con aire aprensivo. Miller añade, con bondadosa sonrisa:) Más vale que te prepares a recibir un golpe. Pero no te aflijas. Hay muchos otros peces en el mar. (Richard no lo escucha y contempla la carta con

aire, se le acerca inquieta). — ¡Oye! ¿Qué te pasa, Richard? ¡A juzgar por tu tono, se diría que has perdido al último de tus amigos! ¿Qué hay?

nado de Richard, señala los trocitos de papel que están sobre la mesa.) La verdad es que no se lo puede culpar del todo al viejo Dave cuando se lee esa literatura que hiciste llover sobre su inocente hija... ¿no opinas lo mismo?

RICHARD (advierte las cartas y se turba, pero trata de disimularlo inmediatamente con altanera negligencia). — Ah... ¡De modo que era por esto! ¡Las encontré! Le dije a Muriel que tuviera cuidado... Bueno, más vale que McComber se entere de una vez de lo que es la vida y se libere de sus ideas brumosas y anticuadas.

MILLER. — Sin embargo, temo que tiene razón y que esas cartas no son una lectura muy adecuada para una muchacha. (Con sutil lisongía.) Están bastante bien, a su modo, para ti que eres un hombre, pero... Piénsalo y verás que estás de acuerdo conmigo.

RICHARD (turbado). — Este... Solamente se las di porque me gustaban los versos... y quería que Muriel afrontara la vida tal como es. Muriel le tenía tanto miedo a la vida... y a su padre... miedo de que la gente dijera de ella esto y lo otro... miedo de amar... miedo de todo. Hasta temía que yo la besara. Y pensé que, leyendo esas cosas... Son lindas... ¿verdad, papá? Cref que le darían valor a Muriel para vivir su vida y no pensar... no pensar siempre en tener miedo.

MILLER. — Comprendo. Bueno. Pues temo que Muriel sigue sintiéndose asustada. (Toma la carta de la mesa)

algo así como fascinado terror. Miller mira durante unos instantes su rostro y le vuelve la espalda, turbado y molesto.) ¡Qué diablos! Será mejor que me vaya arriba a vestirme o no iré nunca a ese picnic. (Se va con aire confuso y poco natural por la sala del frente. Richard sigue mirando absorto la carta durante unos instantes; luego apela a todo su coraje, la rasga y comienza a leerla rápidamente. A medida que lee, su rostro se muestra cada vez más ultrajado y patético, hasta que finalmente su boca se contrae en las comisuras de los labios, como si se dispusiera a prorrumpir en sollozos. Con un esfuerzo, los reprime y su semblante enrojece de humillación y agraviada ira.)

RICHARD (estallando). — ¡La cobarde! ¡La odio! ¡No puede tratarme así! ¡Ya verá! (Al oír voces que llegan de la sala del frente, se mete rápidamente la carta en el bolsillo interior del saco y hace todo lo posible por mostrarse tranquilo e indiferente, y hasta trata de silbar una canción. Pero el silbido se extingue lastimeramente cuando su madre, Lily y Sid salen de la sala. Visten todos los complicados arreos usados para viajar en automóvil en esa época: guardapolvos, velos, antiparras; y Sid luce además una elegante gorra.)

SRA. MILLER. — Bueno. ¡Por fin vamos a partir, a Dios gracias! Esperemos que no se nos atraviesen nuevos visitantes. ¿No sabes qué quería ese McComber, Richard? Sid no supo decírnoslo.

Aquí tienes una carta suya. McComber me dijo que te la entregara. (*Richard toma la carta de manos de su padre, con indecisión y con aire aprensivo. Miller añade, con bondadosa sonrisa:*) Más vale que te prepares a recibir un golpe. Pero no te aflijas. Hay muchos otros peces en el mar. (*Richard no lo escucha y contempla la carta con*

RICHARD.—A mí, que me registren. Preguntáselo a papá.

SRA. MILLER (*adivinando inmediatamente algo en su aire, se le acerca inquieta*).—¡Oye! ¿Qué te pasa, Richard? ¡A juzgar por tu tono, se diría que has perdido al último de tus amigos! ¿Qué hay?

EUGENE O'NEILL

RICHARD (*desesperado*).—No... no me siento bien. Me duele el estómago.

SRA. MILLER (*inmediatamente toda compasión, apartándole el cabello de la frente*).—¡Pobre niño! ¡Qué lástima! ¡Y eso, el cuatro de julio! (*Volviéndose hacia los demás.*) Más vale que me quede en casa con él si está enfermo.

LILY.—Sí. También yo me quedaré.

RICHARD (*más desesperado aun*).—¡No! ¡Véte, mamá! ¡No estoy enfermo de verdad! Ya se me pasará. Váyanse. ¡Quiero estar solo! (*Al oír una sonora explosión en los fondos al lanzar Tommy un poderoso cohete, se levanta de un salto.*) ¡Maldito sea Tommy con sus condenados cohetes! ¡No se puede tener un momento de paz en la casa con ese endemoniado chico! ¡Y que el diablo se lleve al cuatro de julio, de todos modos! ¡Ojalá nuestro país perteneciera a Inglaterra, todavía! (*Se aleja a grandes zancadas, con indignada furia, por la sala del frente.*)

SRA. MILLER (*lo sigue con la mirada, absorta e inquieta; luego, suspira filosóficamente*).—Bueno... Creo que no puede estar muy enfermo... después de esto. (*Menea la cabeza.*) Es un niño extraño. A veces, no lo entiendo.

MILLER (*llama desde la puerta de calle, que está pasando la sala de los fondos*).—Vengan. Vámonos de una vez.

ACTO SEGUNDO

Escenario: El comedor de los Miller, poco después de las seis de la tarde del mismo día.

La habitación es demasiado pequeña para el juego de comedor, no muy costoso y de imponente aspecto, sobre todo ahora que están colocadas todas las tablas de la mesa. A izquierda, hacia foro, hay una doble salida con puertas corredizas y portières que llevan a la sala de los fondos. En la pared de foro, una puerta que da a la despensa. A la derecha de la puerta, una vitrina o cristalero con su exhibición del cristal tallado y porcelana de fantasía de la familia. En la pared de la derecha, dos ventanas que dan sobre un parque lateral. Delante de las ventanas, un pesado y feo aparador con tres piezas de plata antigua arriba. En la pared de la izquierda, en primerísimo término, una puerta de alambre tejido que da a un porche lateral. Una alfombra oscura cubre la mayor parte del

TELÓN

224

EUGENE O'NEILL

irlandesa torpe, de mano pesada, de pies pesados, de mandíbula alargada, de sonrisa radiante y jovial; una novata, en suma.

SRA. MILLER. — Realmente, más vale que encienda las luces, Nora. El tiempo se está nublando tanto... y esta fastidiosa habitación es tan oscura, de todos modos...

NORA. — Sí, señora. (*Se inclina torpemente sobre la mesa para alcanzar la araña suspendida en el centro del cielo raso, logra encender una bombita y dice, desdenosamente:*) ¡Caramba con estas bombitas!

SRA. MILLER (*preocupada*). — ¡Cuidado!

NORA. — Todo el cuidado posible, señora. (*Pero al darse vuelta para alcanzar la bombita siguiente, choca pesadamente con la mesa.*)

SRA. MILLER. — ¡Eso! ¡Lo sabía! ¡Por favor, tenga cuidado con...!

NORA (*con turbada súplica en la voz*). — ¡Dios mío! ¿Qué he hecho de malo, ahora?

SRA. MILLER (*toma aliento profundamente y suspira con aire de impotencia*). — Oh, nada. Deje las demás luces. Más vale que se vaya a la cocina y espere a que yo la llame.

NORA (*aliviada y alegre, de nuevo*). — Sí, señora. (*Marcha mutis hacia la cocina.*)

piso. La mesa, con una silla en cada extremo, izquierda y derecha, tres sillas en la parte más lejana, de frente, y otras dos más cerca, de espaldas al público, ocupan la mayor parte del espacio disponible. El empapelado de las paredes es de un sombrío dibujo castaño y morado.

La señora Miller está supervisando y ayudándole a la criada, Nora, a poner la mesa. Nora es una muchacha

¡AH SOLEDAD!

225

Miller la mira con aire aprensivo. La señora Miller suspira y se estira con dificultad y enciende otra de las cuatro luces de la araña. En ese momento entra Lily, que viene de la sala de los fondos.)

LILY. — Oye, déjame a mí, Essie. Soy más alta. No tienes para qué hacer ese esfuerzo. (*Rápidamente enciende las otras dos bombitas.*)

SRA. MILLER (*agradecida*). — Gracias, Lily. Me cuesta trabajo encenderlas. Estoy engordando tanto...

LILY. — Pero... ¿dónde está Nora? ¿Por qué no fué ella quien...?

SRA. MILLER (*exasperada*). — ¡Oh! ¿Esa muchacha? ¡No me hables de ella! ¡Me va a enloquecer! Es tan estúpida que parece increíble.

LILY (*sonriendo*). — Pero... ¿qué ha hecho ahora?

SRA. MILLER. — Oh, nada. Tiene buenas intenciones.

LILY. — ¿Puedo hacer alguna otra cosa, Essie?

SRA. MILLER. — Bueno, el caso es que Nora puso mal la mesa. Tendremos que volver a ponerla. Pero tú te pasas el día ayudándome. No es justo que te lo pida... durante tus vacaciones. Te mereces un descanso después de haber lidiado con esa manada de chiquillos salvajes durante todo el año.

LILY (*empezando a ayudarla a arreglar la mesa*). — Yo echo más que mis propias... así me pongo un poco...

SRA. MILLER. — Pero hay una cosa... (*Nora se vuelve, con aire aprensivo.*) No. Dos cosas... que le he dicho muchas veces, pero que usted olvida siempre. No sirva los platos esta noche por el lado que no corresponde y cuide de no dar portazos cuando cierre la puerta. Tratará de recordarlo... ¿verdad?

NORA. — Sí, señora. (*Entra en la cocina y cierra la puerta en pos con exagerada cautela, mientras la señora*

ya sabes que me gusta ayudarte. Así, me siento un poco útil en esta casa, en vez de ser simplemente un parásito...

SRA. MILLER (*con indignación*). — ¡Un parásito! ¿Acaso no pagas tu pensión?

LILY. — Pago una bagatela. Y tú y Nat sólo me aceptan esa pequeñez para que no me sienta incómoda al vivir con ustedes. (*Con una sonrisa forzada.*) No sé cómo me soportan... ¡Eso de tener aquí constantemente a una solterona maniática!

SRA. MILLER. — ¡Qué tonterías estás diciendo! ¡Como si a Nat y a mí no nos alegrara muchísimo tenerte aquí! Lily Miller, se me agota la paciencia cuando dices eso. ¡Ya hemos hablado mil veces del asunto y tú dale con lo mismo! ¡Es una manía tuya! (*Cambia bruscamente de tema.*) ¿Qué hora es?

LILY (*mirando su reloj*). — Las seis y cuarto.

SRA. MILLER. — Confío en que los hombres no vendrán tarde a cenar. (*Suspira.*) Pero supongo que, con ese maldito picnic del Sagem Club, eso es lo más probable. (*Lily parece inquieta y suspira. La señora Miller la mira rápidamente, de soslayo.*) Veo que te has puesto el vestido nuevo.

LILY (*turbada*). — Sí. Pensé que... ya que Sid me llevará a ver los fuegos artificiales... me convenía arreglarme un poco.

SRA. MILLER (*apartando la mirada*). — Hum. (*Pausa. Luego dice, fingiendo despreocupación:*) No te aflijas si Sid vuelve a casa un poco... alegre. Supongo que Nat también lo estará... Y tendremos que escuchar todos esos viejos relatos de su infancia. Ya sabes cómo son esos picnics y Sid se encontrará allí con todos sus amigos.

LILY (*con agitación*). — No creo que Sid haga eso... esta vez... después de haberme prometido...

SRA. MILLER (*habla con Lily*).

nando un buen sueldo en Waterbury... treinta y cinco dólares semanales. Está en mejores condiciones que nunca para casarse.

LILY (*rígida*). — Bueno. Supongo que encontrará a una mujer dispuesta a casarse con él... si le queda algo después de apostar su dinero a los caballos y a los dados y de jugar en casa de Kelly...

SRA. MILLER. — Oh, Sid abandonaría todo eso... por la mujer ideal. (*De pronto, toma el toro por las astas.*) Lily... ¿Por qué no cambias de idea y te casas con Sid y lo reformas? Tú lo quieres y siempre lo has querido.

LILY (*envarada*). — No puedo querer a un hombre que bebe.

SRA. MILLER. — No trates de engañarme. Sé perfectamente que lo quieres. Y él también te quiere y siempre te ha querido.

LILY. — Nunca lo suficiente para dejar de beber. (*Impidiendo la réplica de la señora Miller.*) No, es inútil que prosigas, Essie. Ya hemos hablado mil veces del asunto, y mis sentimientos no cambiarán mientras Sid siga siendo el mismo. Si me diera una prueba de que se ha... pero creo que aun entonces yo no podría. Han pasado ocho años desde que rompí nuestro compromiso, pero lo que me indujo a romperlo como siempre...

SRA. MILLER (*renovando la mirada de Lily*). — Lo sé. Pero los hombres son débiles. (*Rápidamente.*) Nat tuvo una buena idea al conseguirle a Sid el empleo del "Standard" de Waterbury. Lo que necesitaba Sid era apartarse de la rutina en que vivía aquí. Es uno de esos hombres que son víctimas de sus amigos. Se descarrián fácilmente... pero, en realidad, Sid no es malo, tú lo sabes. (*Lily guarda silencio, los ojos bajos. La señora Miller prosigue, significativamente.*) Por lo demás, está ga-

sé que Sid nació para ser como es... irresponsable, sin ánimo de dañar, pero dañando contra su propia voluntad. No me hables de casarme con él... porque yo no podría hacerlo.

SRA. MILLER (*irritada*). — Sid es un estúpido... ¡Un buen estúpido, eso es todo!

LILY (*serena*). — No. Es Sid. Nada más que Sid.

SRA. MILLER. — ¡Es una lástima que tú... que habrías sido una esposa admirable para cualquiera... que debieras tener hogar e hijos...!

LILY (*se sobresalta, pero la rodea con el brazo afectuosamente y dice con dulzura*). — No te aflijas por mí. No lo quiero. Aquí, gracias a tu bondad y a la de Nat, tengo el mejor hogar del mundo; y en cuanto a los niños, siento por los tuyos el mismo cariño que si fueran míos y no soporté el dolor de alumbrarlos. Y luego, están esos niños y niñas a quienes enseñé todos los años. Me gusta ser algo así como su segunda madre y ayudarles a convertirse en buenos hombres y buenas mujeres. De modo que, después de todo, no me siento una vieja solterona inútil.

SRA. MILLER (*la besa impulsivamente y dice con voz*

...), al tiempo sigue siendo tan claro para mí como lo fué entonces. Rompí con él pensando en el mal que podría hacerle a su futura esposa... en sus jergas con malas mujeres.

SRA. MILLER (*con desgana protesta*). — Pero Sid ha jurado siempre que fué a parar a esa fiesta por casualidad y que nunca tuvo que ver con esas mujerzuelas.

LILY. — Pues no le creo... No le creí entonces ni le creo ahora. Supongo que Sid no lo planeó deliberadamente, pero... Oh, es inútil que hablemos, Essie. Ya

¡AH SOLEDAD!

LILY. — Sé que, en su opinión, hay en ese pez cierto aceite que lo envenena.

SRA. MILLER (*con una risita*). — ¡Que ha de envenenarlo! Hace años que come dorado... pero yo le digo que es sáballo. Esta noche vamos a comerlo... y tengo que advertirte a ese diablillo que conserve la seriedad.

LILY (*riendo*). — ¿No te da vergüenza, Essie?

SRA. MILLER. — ¡No mucha! ¡Me gusta el dorado! (*Rie.*) ¿Dónde está Tommy? ¿En la sala?

LILY. — No, ahí está Richard solo. Creo que Tommy ha ido a la galería con Mildred. (*La señora Miller se va con aire atareado por la sala de los fondos. Apenas se ha ido, la sonrisa se esfuma de los labios de Lily, se torna triste y vuelve a consultar nerviosamente su reloj. Richard viene de la sala de los fondos, vagando sin objeto. En su rostro hay una amarga melancolía: rezuma tragedia. Porque Richard, después de su primer estallido de pena y humillación, ha empezado a hallar una satisfacción masoquista en su gran dolor, y sobre todo en la inquietud que ello suscita en el círculo familiar. Al ver a su tía, la mira con aire sombrío, se vuelve y se dispone a regresar majestuosamente a la sala, cuando ella le dice, con tono con-*

ronca). — Eres una buena mujer, Lily. . . *(caminando hacia ella para nosotros. (Se vuelve, enjugando furtivamente una lágrima y cambia bruscamente de tema.)* ¡Dios mío, me olvidaba de una de las cosas más importantes! Tengo que advertirle a Tommy que no me delate con Nat en el asunto del pescado. Tommy lo sabe porque tuve que mandarlo al mercado y es capaz de echarse a reír. . .

LILY. — ¿A reír? ¿Por qué?

SRA. MILLER *(con aire culpable)*. — Bueno, nunca te lo dije porque la treta me parecía algo fea, pero, como sabes, Nat sostiene que no puede comer dorado.

RICHARD *(sombrio)*. — Me siento bien, tía Lily. No te preocupes por mí.

LILY *(yendo hacia él)*. — Sí que me preocupo. Me duele verte tan contrariado.

RICHARD. — No importa. Nada me importa.

LILY *(rodeándolo con el brazo y con aire de solidaridad)*. — Francamente, no debes tomarlo tan en serio. A veces pasa algo y suceden esas cosas, y creemos que no hay esperanzas. . .

RICHARD. — ¿Cosas como cuáles?

LILY. — Como la que ocurrió entre ti y Muriel.

RICHARD *(con desdén)*. — ¡Ah! ¡Ella! Ni siquiera la recordaba. Estaba pensando en la vida.

LILY. — Pero. . . si amamos de veras, *de veras*. . . pronto tiene que suceder algo que lo cambia todo, y todo queda aclarado y termina bien, finalmente. Así es la vida.

RICHARD *(con risita trágica)*. — ¡La vida! ¡La vida es una triste broma! ¡Y todo termina mal, finalmente!

LILY *(escandalizada)*. — No debes hablar así. Pero ya sé que no lo dices en serio.

RICHARD. — ¡Sí que lo digo en serio! Si quieres, tía Lily, quédate con tu tonto optimismo. Pero no me pidas que sea tan ciego. ¡Soy un pesimista! *(Con aire de despiadado cinismo)*. En cuanto a Muriel, eso es asunto liquidado. Yo sólo me divertía con ella y la muy estúpida se lo tomó en serio. *(Simulando una cruel sonrisa)*. Ya sabes lo que dicen sobre las mujeres y los tranvías, tía Lily: siempre vendrá otro dentro de un momento.

LILY *(realmente escandalizada)*. — No me gusta oírte decir cosas tan horribles y cínicas. No son hermosas.

RICHARD. — ¡Hermosas! ¡Eso es lo que creen ustedes

SRA. MILLER. — Pues nunca he notado que llegaras tarde a la hora de comer. *(A Lily)*. ¿Qué te decía Richard sobre los peces en el mar?

LILY *(sonriendo)*. — Dice que ahora ha terminado con Muriel.

SRA. MILLER *(con acritud y mirando a su hijo con aire de reproche)*. — ¡Que Muriel ha terminado con él, querrá decir! ¡Vaya una ocurrencia mandarle a una buena chica como ésa cosas sacadas de esos libros indecentes! *(Profundamente ofendido, Richard se abstiene con desdén de contestar, va majestuosamente hacia la puerta de alambre tejido de la izquierda, primer término, y pone la mano sobre el picaporte.)* ¿Adónde vas?

RICHARD *(citando un pasaje de "Cándida" con voz enfática)*. — "¡Voy a perderme en la noche!" *(Sale majestuosamente, cerrando con un portazo.)*

SRA. MILLER *(gritándole)*. — ¡Pues no te vayas lejos, porque la cena estará lista dentro de un momento y yo no correré detrás de ti! *(Se vuelve hacia Lily, con una risita.)* ¡Dios mío, qué chico! ¡Debería trabajar en el teatro! *(Lo parodia.)* "¡Voy a perderme en la noche!" ¡Y no ha ocurrido aún! Supongo que lo habrá sacado de uno de

las mujeres! Me enorgullece ser cínico. Es lo único que se puede ser cuando uno afronta realmente la vida. Supongo que, a tu entender, yo debiera sufrir por Muriel... ¡una pequeña cobarde que teme reivindicar la propiedad de su alma y que está atada al delantal de su padre! ¡Bueno, pues no me interesa! ¡Hay muchos otros peces en el mar! (Cuando está terminando de hablar, su madre vuelve por la sala de los fondos.)

SRA. MILLER. — Hola. ¿Tú por aquí, Richard? ¿Supongo que tendrás hambre?

RICHARD (indignado). — ¡Ni pizca! Tú sólo piensas en eso, mamá... ¡En la comida!

esos libros. ¿Sabes una cosa? Le agradezco de veras al vicjo Dave McComber que haya puesto término a esa tontería de Richard con Muriel. Nunca me gustó que Richard se interesara tanto por las muchachas. Es demasiado joven para esas cosas. Si todavía me parece que fué ayer cuando era niño... (Suspira y dice, con aire práctico.) Bueno, ahora ya no tenemos nada que hacer mientras no lleguen ellos. Es inútil que nos quedemos paradas aquí como unas bobas. Más vale que vayamos a la sala y nos pongamos cómodas.

LILY (en cuya voz reaparece la misma nota nerviosa e

inquieta). — Sí, será mejor. (Se van por la sala de los fondos. Apenas han desaparecido se abre cautelosamente la puerta de alambre tejido y vuelve a escena Richard.)

RICHARD (se detiene junto a la puerta, después de franquear el umbral, siguiéndolas con la mirada y cita, con amargura). — "Ellos no conocían el secreto del corazón del poeta." (Se acerca más a la mesa y lo contempla todo con desprecio, sobre todo el plato de cristal tallado con aceitunas, y murmura desdeñosamente:) ¡Comida! (Pero el plato de aceitunas parece fascinarlo y un momento después se acerca más, se apodera furtivamente de dos de ellas y se las mete en la boca. Tiende el brazo en procura de otras, cuando se entreabre la puerta de la cocina, y asoma la cabeza de Nora.)

NORA. — ¡Señorito Richard, ladrón, deje en paz esas aceitunas o la señora jurará que me las he comido yo!

RICHARD (retira la mano como si lo hubiera picado una víbora, demasiado azorado para ser por un momento algo más que un niño culpable). — Yo... yo no comía...

ésta. Selby tiene diecinueve años y es condiscípulo de Arthur en la Universidad de Yale. Es un colegial típico de la época, bien parecido, no de la clase de los atléticos, sino de la de los juerguistas y alborotadores. Es alto, rubio y viste con riguroso estilo universitario.)

WINT (al entrar, con aire de advertencia, murmura). — Habla bajo, chico. No quiero que sepan que estoy aquí. Dile a Art que quiero verlo por un momento.

RICHARD. — No puedo. Arthur está en casa de los Rand... De todos modos, no volverá antes de las diez.

WINT (con irritación). — Caramba, creí que estaría aquí para la cena. (Más irritado aun.) ¡Eso me estropea todo el programa!

RICHARD (queriendo ganarse la buena voluntad de su interlocutor). — ¿Qué pasa, Wint? ¿Puedo ayudarte en algo?

WINT (lo mira con aire estimativo). — Te lo diría si fueras capaz de callar.

RICHARD. — Lo soy.

WINT. — Pues bien... El caso es que esta tarde me he

NORA. — ¡Oh, ya sé que no! ¡Sólo les estaba tomando el pulso a las aceitunas! (Con tono de advertencia.) ¡Haga lo que le digo o tendré que delatarlo para proteger mi reputación! (Vuelve a la cocina, cerrando la puerta. Richard se queda inmóvil, desgarrado por una amarga humillación e hirviendo de rebeldía contra todos y contra todo. Se oye un suave silbido del otro lado de la puerta del porche. Se sobresalta. Una voz masculina llama: "¡Dick!" Va con desganado andar hacia la puerta de alambre tejido. Luego, al reconocer al dueño de la voz, la suya responde con respeto y admiración.)

RICHARD. — ¡Ah! ¿Eres tú, Wint? Entra. (Abre la puerta y entra Wint Selby, deteniéndose al franquear

topado con un par de chicas alegres de New Haven y les he dado cita para esta noche, creyendo que encontraría a Art. Pero ahora es demasiado tarde para encontrar a otro amigo, y tendré que perderme la cita. Estoy casi sin un centavo y no puedo permitirme el lujo de pagarles una copa.

RICHARD (con tímida ansiedad). — Tengo ahorrados once dólares. Podría prestarte unos cuantos.

WINT (valuéndolo con mirada escrutadora). — Oye... ¿Sabes que eres un buen muchacho? (Meneando la cabeza.) No, no quiero que me prestes tu dinero. (Se le ocurre una idea.) Pero, dime... ¿Tienes algo que hacer esta noche?

RICHARD. — No.

WINT. — ¿Quieres venir conmigo? (Rápidamente.) Fíjate que no pretendo llevarte por mal camino. Pero me ayudarás si te sientas simplemente con Belle y le ofreces unas copas mientras yo paso el rato con Edith. (Guiña el ojo.) ¿Me entiendes? No tienes que hacer nada, ni siquiera tomar un vaso de cerveza... salvo que tengas ganas de beberla.

RICHARD (jactanciosamente). — ¡Eh! ¿Por quién me tomas...? ¿Por un campesino?

WINT. — ¿Quieres decir... que estás pronto para lo que sea?

RICHARD. — ¡Claro que sí!

WINT. — ¿Hasta para salir con unas chicas... bueno, con unas chicas con pimienta de veras... y no las mojarritas melancólicas que hay en este pueblo?

RICHARD (mintiendo audazmente). — ¿Por quién me tomas? ¡Claro que sí!

WINT. — ¿Bebiste alguna vez algo que no fuese soda?

RICHARD. — Claro. Muchas veces. Cerveza y gin fizz y... cócteles.

WINT (impressionado). — ¡Dios! Saber más de lo

próximo y creo que estás diciendo la verdad y ya has andado por ahí. No quiero echarte a perder.

RICHARD (desdeñosamente). — Oh, ya te dije que eso eran tonterías.

WINT. — Pues bien... Espérame entonces en el bar de Pleasant Beach a las nueve y media. Entra en el reservado. Y no te olvides de llevarte unos dientes de ajo para quitarte el olor a alcohol.

RICHARD. — Sí, ya sé qué debo hacer.

WINT. — Hasta luego, pues. (Se dispone a salir y va a cerrar la puerta, cuando recuerda algo.) Y, oye... Diré que acabas de ingresar a la Universidad de Harvard y tendrás que confirmarlo. Ellas no saben un rábano sobre Harvard. No quiero que me crean de parranda con un chico del colegio secundario.

RICHARD. — Claro. Eso será fácil.

WINT. — Hasta pronto, pues. Más vale que salgas apenas se te presente la oportunidad después de la cena y que des unas vueltas por ahí para hacer tiempo. Cuidado con lo que haces, chico.

RICHARD. — Hasta luego. (La puerta se cierra detrás

WINT. (*impresionado*). — ¡Dios! Sabes más de lo que yo creía. (*Cavilando*.) ¿Puedes arreglar el asunto de modo que los tuyos no se enteren? No quiero que tu viejo me persiga luego. De todos modos, podrás volver a las diez y media o a las once sin dificultad. ¿Sabrás inventar alguna mentira para disimularlo? (*Al ver vacilar a Richard, lo alienta*.) Debe ser fácil... ¡Un cuatro de julio!

RICHARD. — Claro. No te preocupes por eso.

WINT. — Pero quiero que esto quede entre nosotros... ¿me entiendes? Ni una palabra a Arthur ni a nadie. Créeme. No te invitaría a acompañarme si no estuviera en apuros... y, además, sé que ingresarás a Yale el año

de Wint. Richard se queda inmóvil un momento y en su rostro aparece una expresión de desafío. Luego, murmura:) ¡Ya verá Muriel que no puede tratarme así! ¡Ya verán todos! (*Se oye el portazo con que se cierra la puerta de calle y al cabo de un momento irrumpe Tommy desde la sala de los fondos*.)

TOMMY. — ¿Dónde está mamá?

RICHARD (*enojado*). — En la sala. ¿Qué pasa?

TOMMY. — Vienen papá y tío Sid. Mid y yo los vimos desde la galería. Caramba, me alegro. Tengo mucha hambre. ¿Y tú? (*Se precipita a través de la sala de los fondos, gritando*.) ¡Mamá! ¡Vienen! ¡Vamos a cenar, pronto!

(*Un momento después, la señora Miller llega de la sala de los fondos, acompañada por Tommy, que sigue insistiendo premiosamente*.) ¡Pero si tengo muchísima hambre, mamita!

SRA. MILLER. — Lo sé. Como siempre. Creo que tienes la solitaria.

TOMMY. — ¿Hay cangrejos, mamita? ¡Oh! ¡Me gustan los cangrejos!

SRA. MILLER. — Sí. Tenemos cangrejos. Y pescado. No olvides lo que te dije sobre el pescado. (*El ríe*.) ¡Vamos, Tommy! ¡Silencio! (*Con una mirada de burla a Richard*.) Bueno, me alegro de que hayas vuelto de la noche, Richard. (*El joven frunce el ceño y le vuelve la espalda. De la sala de los fondos sale Lily, nerviosa y aprensiva. En ese momento llega del patio del frente la voz de Sid, que entona una canción. La señora Miller meneas la cabeza con presentimientos fatídicos, pero la sola voz de su hermano le hace tanta gracia, que a las comisuras de sus labios asoma una jovial sonrisa*.) ¡Hum! Lily, temo que...

LILY (*con amargura*). — Sí, debí imaginármelo. (*Mil-*

TOMMY (*afligido, frotándose el brazo mientras va a su lugar*). — ¡Oh, mamita!

SRA. MILLER (*a Richard y Mildred*). — Y ustedes, siéntense. Lo ubicaremos aquí y le daremos algo de comer. Con eso, se le pasará. (*Richard, en la misma actitud de amargado y desilusionado pesimista, se sienta en la silla de la derecha, una de las dos que están con el respaldo hacia el público. Mildred toma la otra, a la izquierda. Tommy se ha dejado caer ya en la última de las sillas que están detrás de la mesa, de cara al público. Lily se sienta en una de las que están a la izquierda, junto a la cabecera, dejando vacía la del medio, la de Sid. En ese momento se oye el portazo de la puerta de alambre tejido y resuenan fuera las rientes voces de Nat y Sid, que suben de tono cuando ambos entran y luego menguan cautelosamente. La señora Miller va hacia la entrada de la sala de los fondos y llama con tono imperativo*.) ¡Entren aquí inmediatamente! No se detengan a lavarse ni nada. Servirán la cena ahora mismo.

VOZ DE MILLER (*jovialmente*). — Muy bien, Essie. ¡Ya

dred entra corriendo de la sala de los fondos. Ríe para sí, algo avergonzada. Se abalanza hacia su madre.)

MILDRED. — Mamá, tío Sid está... *(Le murmura al oído.)*

SRA. MILLER. — ¡No importa! No debes fijarte en esas cosas... ¡a tu edad! ¡Y no estimules a Sid festejando con tus risas su estupidez! ¿Me oyes?

TOMMY. — No tienes por qué murmurar, Mid. ¿Crees que no lo sé? Tío Sid ha vuelto a emborracharse.

SRA. MILLER *(zamarreándolo del brazo, con indignación)*. — ¡Silencio! ¡Habrás visto! ¡Ya eres demasiado despierto! *(Le da un empellón.)* ¡Vete a tu sitio y siéntate, y que no te vuelva a oír una sola palabra!

cadras a medias. Richard se muestra rígido, ausente y desdenoso, con la mirada cavilosa fija en su plato. Lily sonríe forzosamente.)

SRA. MILLER *(apartándose, turbada, casi sonrojada)*. — ¡Vamos! ¿Estás loco? *(Recobrándose, con acritud.)* ¡Ya veo que estás aquí! ¡Y aunque no lo viera, ya me lo has dicho cuatro veces!

MILLER *(radiante)*. — Vamos, Essie, no seas crítica. No seas capciosa y crítica. Las buenas noticias pueden repetirse... ¿Verdad? ¡Claro que sí! *(Le da una jovial palmada en la posadera. Tommy y Mildred braman de risa. Y Nora, que acaba de llegar de la cocina con una enorme sopera llena, por poco la deja caer al estallar en alegre risotada.)*

SRA. MILLER *(escandalizada)*. — ¡Nat! ¿No te da vergüenza?

MILLER. — ¡No pude aguantarme! ¡Simplemente, no pude aguantarme! *(Nora, que sigue parada en el mismo sitio con la sopera aferrada con gesto rígido, vuelve a reír.)*

vamos: ¡Ya vamos!

SRA. MILLER *(va hacia la puerta de la cocina, la abre y llama)*. — Nora, puede traer la sopa. *(Vuelve a la sala de los fondos en el preciso momento en que entra Miller. Éste no está borracho ni mucho menos. Sólo está entonado y tierno por obra del licor. En su rostro resplandece una gran sonrisa, amplia y feliz, reveladora de su perfecta estimación de la vida. El mundo es espléndido, tan satisfactorio, que a Miller le conmueve el sólo pensar en él.)*

MILLER. — ¡Aquí estamos, Essie! ¡Llegamos justito! ¡Aquí estamos! *(Atrase a su mujer hacia él y le da un sonoro beso en la oreja, pero ella retira con vehemencia la cabeza. Mildred y Tommy festejan esto con risitas sofo-*

estoy. (Deja la sopera con sordo golpe delante de la señora Miller y da la vuelta por el otro lado, comprimiéndose dificultosamente para pasar entre el cristalero de porcelana y los respaldos de las sillas que están detrás de la mesa.)

SRA. MILLER. — Tommy! ¡Basta de jugar con el aro de la servilleta! ¿Cuántas veces tendré que decírtelo? ¡Mildred! ¡Siéntate derecha! ¿Quieres que te crezca una joroba? ¡Richard! ¡Saca el codo de la mesa!

MILLER *(instalándose en la cabecera, se frota las manos, de buen humor)*. — Bueno, bueno, bueno. Bueno, bueno, bueno. Es grato estar en casa de nuevo. *(Nora sale para ir a la cocina y cierra con un portazo.)*

SRA. MILLER *(se levanta de un salto)*. — ¡Oh! *(Exasperada.)* Nat, te ruego que no estimules a esa estúpida muchacha hablándole, mientras yo hago todo lo posible por enseñarle...

MILLER *(radiante)*. — Muy bien, Essie. ¡Tu palabra es ley! *(Riendo.)* ¡Hoy nos divertimos endiabladamente! ¡Y Sid fué la vida misma del picnic! ¡Lo hubieras oído!

SRA. MILLER (*se vuelve hacia ella, con ultrajada indignación*).— ¡Nora! ¡Traiga aquí esa sopa inmediatamente! (*Se dirige con ceremoniosa dignidad hacia su sitio al pie de la mesa, derecha.*)

NORA (*con aire culpable*).— Sí, señora. (*Trae la sopa dando la vuelta a la cabecera de la mesa, pasando junto a Miller.*)

MILLER (*jovialmente*).— ¡Hombre! ¡Si es Nora!

SRA. MILLER.— ¡Nat! (*Se sienta, muy envarada, al pie de la mesa.*)

NORA (*a Miller, con familiar reproche*).— ¡Vamos, no me haga reír, que me va a poner en dificultades!

SRA. MILLER.— ¡Nora!

NORA (*con cierto resentimiento*).— Sí, señora. Aquí

¡La gente, prácticamente, se revolcaba por el suelo y reventaba de risa! Sid merecería trabajar en el teatro.

SRA. MILLER (*mientras Nora vuelve con un plato de bizcochitos salados, comienza a servir la sopa en la pila de platos que están a su lado*).— ¡Sid debiera estar aquí comiendo algo que lo despejara, eso es lo que debiera hacer! (*Llama.*) ¡Sid! ¡Ven aquí de una vez! (*A Nora, tendiéndole un plato de sopa.*) Tome, Nora. (*Nora empieza a pasarles la sopa a los demás.*) Siéntate, Nat, por amor de Dios. Empiecen a comer todos. No me esperen. Ya saben que he renunciado a comer sopa.

MILLER (*se sienta, pero se inclina hacia adelante para hablarle a su mujer con tono confidencial*).— Essie... Sid se siente algo cohibido para venir aquí... quiero

decir que teme estar un poco... no demasiado... ¿entiendes?... pero se encontró con tantos amigos y... Bueno, ya lo sabes. No seas dura con él. El cuatro de julio es como la Navidad: hay un solo día de éstos por año. Finge no darte cuenta... ¿eh? ¡Y ustedes lo mismo, niños! Y tú también, Lily. Sid te tiene miedo.

LILY (*con rígida mansedumbre*).— Muy bien, Nat.

MILLER (*radiante de nuevo, llama*).— Ven, Sid. No hay moros en la costa. (*Empieza a sorber la sopa, vorazmente.*) ¡Buena sopa, Essie! ¡Buena sopa! (*Un momento después entra Sid, viniendo de la sala de los fondos. Su estado podría calificarse, mejor que nada, de borroso. Sus movimientos están enveultos en cierta bruma. Su reluciente rostro es una sola sonrisa, ancha, incierta, infantil, de niño travieso; en sus ojos, hay una vaguedad indistinta y perpleja. Al entrar, hace un solemne esfuerzo por mostrarse negligente y completamente despejado. Agita la mano sa-*

vas otra, fijando en todas una mirada vaga, borrosa, asombrada, como si algún difícil enigma lo desconcertara. Luego, súbitamente, sonríe con los ojos empañados y asiente con satisfacción.) ¡Eso es! ¿Tengo razón?

MILLER (*contemporizando*).— Claro que sí.

SID.— ¡Claro que sí! (*Guarda silencio, estudiando su plato de sopa como si se tratara de un extraño rompecabezas. Finalmente, alza los ojos, mira a su hermana y pregunta, con perplejo asombro:*) ¿Sopa?

SRA. MILLER.— Claro que es sopa. ¿Y qué te creías? Apresúrate y cómelas.

SID (*vuelve a mirar la sopa con asombro*).— ¡Caramba! (*Bruscamente.*) ¡Bueno! ¡Que sea sopa! (*Toma su cuchara y empieza a comer, pero después de dos tentativas en que resulta difícil ubicar su boca, le habla quejumbrosamente a la cuchara.*) ¡Cuchara! ¿Qué modo es ese de tratar a un amigo? (*De pronto se muestra cómicamente*

ludando a todos en general y habla en suséplida gravedad.)
SID. — Buenas noches. (Todos contestan "Buenas noches", con los ojos fijos en sus platos. Sid avanza con pasos inciertos hacia su sitio, prosiguiendo en su serio esfuerzo por conversar.) Hermosa tarde. No recuerdo haber visto... una puesta de sol más hermosa. (Choca ligeramente con la silla de Lily al tratar de pasar detrás de ella, y de inmediato se muestra todo cortesía.) ¡Perdón, perdón, Lily...! Lo lamento muchísimo.

LILY (los ojos fijos en su plato, tiesa). — No es nada.

SID (logra instalarse en su silla, finalmente, y murmura para sí). — ¿Qué decía yo? Ah, sí, las puestas de sol... Pero... ¿por qué he de entrometerme? ¿Acaso el sol no tiene... perfecto derecho a ponerse? No te metas en lo que no te importa. (Hace una pausa pensativa, meditando en esto; luego mira a su alrededor, escudriñando una cara

enojado y deja la cuchara dando un golpe sobre la mesa.) ¡Abajo las cucharas! (Levanta su plato de sopa y recita:) "Beberemos por los que ya están muertos y hurra por el próximo que muera." (Saluda solemnemente a derecha e izquierda.) A la salud de ustedes, señoras y señores. (Empieza a tomar la sopa. Miller ríe y Mildred y Tommy reprimen en lo posible sus risitas. Hasta Richard olvida su melancolía y ríe, y la señora Miller disimula su sonrisa. Tan sólo Lily se muestra tiesa y silenciosa.)

SRA. MILLER (con forzada severidad). — ¡Sid!

SID (la mira con ojos turbios, bajando un poco de los labios el plato de la sopa). — ¿Eh?

SRA. MILDRED. — Oh, no es nada. No te preocupes.

SID (solemnemente ofendido). — ¿Me estás... regañando públicamente ante la concurrencia...? ¿Acaso no es líquida la sopa? ¿Acaso no se beben los líquidos?

(Medita sobre lo que acaba de decir.) Y, si se beben... ¿qué? Esa es la debilidad del hombre bueno. (Vuelve a mirar a su alrededor, con los ojos turbios.) ¿Tengo razón?

SRA. MILLER. — ¡Termina la sopa de prisa! ¡Y déjate de decir tonterías!

SID (volviéndose hacia ella, ofendido de nuevo). — Oh, no, Essie. Si yo perdiera algún día la cordura hasta el punto de beberme una pierna de cordero, podrías tener una... una excusa para... Piensa solamente en todo el esfuerzo derrochado para comer la sopa con cucharas... quince movimientos inútiles por plato... miles de millones de personas que comen sopa en todo el mundo... ¡Es algo impresionante! (Sombrio, para sí.) ¡Basta de cucharas para mí! ¡Si quiero desarrollar mis bíceps, compraré unos sandows! (Bebe el resto de la sopa de un solo trago y mira radiante en torno, súbitamente muy feliz de

SID (en éxtasis). — Ah, bálsamo de los ojos doloridos, mi hermosa Julieta, mi incomparable Eloísa...

SRA. MILLER. — ¡Sid!

NORA (inmensamente complacida, mira a Sid con picardía y aire de "flirt"). — ¡Oh, señor Sid! ¡Qué lisonjero está usted cuando toma un trago!

SRA. MILLER (herida). — ¡Nora! ¡Deje ese pescado!

NORA (sonrojada). — Sí, señora. (Trata de dejar el pescado precipitadamente ante Miller, pero sus ojos están fijos nerviosamente en la señora Miller y golpea a aquél en el costado de la cabeza con el borde de la fuente.)

MILLER. — ¡Ay! (Todos los niños, hasta Richard, estallan en risas.)

NORA (que casi deja caer la fuente). — ¡Oh, Dios mío! ¿Se ha lastimado?

MILLER (tratándose la cabeza, inicialmente). — No, no

nuevo.) ¿Tengo razón o no, amigos míos?

MILLER (*que se ha estado asfixiando de risa*). — ¡Ja, ja! Tienes razón, Sid.

SID (*lo mira con aire vago y menea tristemente la cabeza*). — ¡Pobre Nat! Siempre descarriado. . . pero es un corazón de oro, de oro purísimo. Y borracho de nuevo, lamento notarlo. ¡Hermana, mi corazón sangra por ti y por tus pobres polluelos sin padre!

SRA. MILLER (*reprimiendo una risita, severamente*). — ¡Sid! ¿Quieres callarte por un momento? Alcáncenme todos sus platos. Si esperamos a que esa muchacha los retire, nos pasaremos aquí toda la noche. (*Todos le alcanzan sus platos, que la señora Miller apila y pone sobre el aparador. Mientras lo hace, Nora viene de la cocina con una fuente de pescado frito. Se dispone a ponerla delante de Miller cuando Sid la advierte borrosamente y se pone de pie, haciendo una reverencia profunda e indecisa.*)

y se va a la cocina, cerrando con un portazo. Durante un momento reina el silencio, mientras Miller sirve el pescado y éste pasa de mano en mano. Nora vuelve con las legumbres y desaparece de nuevo y sirven aquéllas.)

MILLER (*se dispone a comer su primer bocado, se detiene súbitamente y le pregunta a su mujer*). — ¿Esto no es por casualidad dorado, querida?

SRA. MILLER (*con una mirada de advertencia a Tommy*). — Claro que no. Ya sabes que nunca comemos dorado por consideración a ti.

MILLER (*hablándole ahora a todos los comensales, con la gravedad de un hombre que confiesa sus extrañas características*). — Sí. Lamento decirlo, pero en el dorado hay

Pero tenga cuidado, Nora, tenga cuidado.

NORA (*agradecida*). — Sí, señor. (*Deja la fuente delante de él, con sordo golpe y con un suspiro de alivio.*)

SID (*parado aún, con gravedad de borracho*). — ¡Cuidado, Julieta, cuidado! Pudiste golpearlo en algún otro lugar. Apunta siempre a su cabeza, recuérdalo. . . así no nos inquietaremos. (*Los chicos vuelven a estallar en carcajadas y también Nora. Hasta Lily deja escapar una risita histérica y la irrita haberse reído.*)

LILY. — ¡Cuánto lo siento, Nat! No quería reírme. (*Volviéndose furiosamente hacia Sid.*) ¿Quieres hacer el favor de sentarte y de dejarte de payasadas? (*Sid la mira ultrajado y triste y se deja caer dócilmente en la silla.*)

NORA (*sonríe alegremente y le da a Lily una palmada tranquilizadora en la espalda*). — No le haga caso, señorita Lily. Sólo ha bebido un trago. No tiene importancia.

SRA. MILLER. — ¡Nora! (*Nora sale precipitadamente*)

MILLER (*ásperamente*). — ¡Oh, basta, estúpido! Una broma es una broma, pero. . . (*Le habla a su mujer, con tono agraviado.*) ¿Es cierto eso, Essie?

SRA. MILLER (*secándose las lágrimas, con aire desafiante*). — Sí, es cierto, ya que quieres saberlo. Y tú nunca lo habrías sospechado de no ser por este maldito Tommy y si Sid no hubiese metido la nariz. Hace años que comes dorado y que engordas con él y todo eso del aceite venenoso son tonterías.

MILLER (*profundamente ofendido*). — ¡Hazme el favor de reconocer que conozco mejor que tú mi propio estado físico! ¡Ahora que lo pienso, recuerdo que siempre me

cierto aceite que me envenena invariablemente. (Al oír esto Tommy no puede soportar más la situación y estalla en carcajadas. La señora Miller, después de mirarlo con aire impotente, sigue su ejemplo; Lily se adhiere con una risa histérica que no logra dominar y Richard y Mildred se contagian. Miller mira a su alrededor con débil sonrisa, su dignidad algo afectada.) Francamente, no comprendo qué tiene de divertido eso de que me envenenen.

SID (mira a su alrededor y dice, con clarividencia de ebrio).— ¡Ajá! Nat, sospecho... ¡un complot! Este pez me parece... muy dorado... hasta abatido, desesperado y...¹ (Señala teatralmente con el tenedor a la señora Miller.) ¡Mira su aire culpable! ¡Parece una... una verdadera Lucrecia Borgia! ¿No te estará envenenando lentamente desde hace años? ¡Y qué bien... lo has aguantado! ¡Qué constitución de hierro! Aun ahora, cuando estás invariablemente a las puertas de la muerte, no puedo creer... (Todos estallan en incontenibles risotadas.)

¹ Juego de palabras. "Bluefish" significa dorado. Pero "blue" significa también "melancólico", "abatido". (N. del T.)

una fuente de cangrejos fríos que deposita ante Miller y desaparece.)

TOMMY.— ¡Oh, cómo me gustan los cangrejos! (Miller pone uno en cada plato y los platos van circulando y cada cual empieza a quitar la resquebrajada coparazón.)

MILLER (más alegre después de un par de bocados y resuelto a imprimirle otro giro a la conversación, se vuelve hacia su hija).— ¿Pasaste un buen rato en la playa, Mildred?

MILDRED.— Oh, sí, papá, gracias. El agua estaba maravillosa y tibia.

sentía mal después de comer pescado! (Aparta el plato, con altiva renunciación.) Yo no puedo comer esto.

SRA. MILLER (con un agravante aire práctico).— No lo comas. Ya traerán muchos cangrejos y te saciarás con eso. (Richard se echa a reír de nuevo, repentinamente.)

MILLER (volviéndose hacia él, con tono cáustico).— Pareces muy alegre, Richard. Creí que hoy tenías el corazón oprimido.

SID (con burlona condolencia).— No le hagas caso, Dick. ¡Que se burle! ¿Qué saben ellos de muchachas de cabello incandescente, cuyos labios son fuegos artificiales, cuyos ojos son chispas al rojo vivo...?

MILDRED (riendo).— ¿Fue eso lo que le escribió Richard a Muriel? (Volviéndose hacia su hermano.) ¡Qué tonto eres!

RICHARD (enfurecido).— ¡Vamos, cállate, Mid! ¿Qué me importa ésa? ¡Ya verán ustedes lo poco que me importa!

SRA. MILLER.— Pasen sus platos apenas hayan terminado. He pedido los cangrejos. Y con eso daremos por acabada la cena. Como saben, después de los cangrejos no se debe comer postre ni tomar té. (Aparece Nora trayendo

porque tenía un endiablado cabello rojo recortado...

SID (como si le hablara a su plato).— ¡Notable! Qué curiosa imaginación... la de los niños.

SRA. MILLER (al ver que Miller va a estallar, se interpone diplomáticamente).— ¡Sid! ¡Come tus cangrejos y cállate! Sigue, Nat.

MILLER (después de aniquilar a Sid con la mirada, reanuda el relato).— Bueno... Como les iba diciendo, el Rojo y yo salimos aquel día a nadar. Debí ser... veamos... el Rojo tenía los catorce, era más grande y mayor que yo, que sólo contaba doce... fué hace cuarenta y

MILLER. — ¿Nadaste lejos?

MILDRED. — Sí, fué lejos por tratarse de mí. Pero eso no es mucho decir.

MILLER. — Pues serás una buena nadadora, si me imitas. Yo era toda una rata de agua cuando niño. Tendré que ir contigo a la playa uno de estos días... aunque debo estar enmohecido después de tantos años. *(En sus ojos aparece un aire nostálgico, como de quien se va a embarcar en una historia muchas veces repetida de aventuras infantiles.)* ¿Sabes una cosa? A propósito de natación... Nunca bajo a esa playa sin recordar el día en que yo y el Rojo Sisk fuimos a nadar allí y le salvé la vida. *(A esta altura, la familia está empezando a cambiar miradas entre divertidas y culpables. Todos saben lo que se avecina.)*

SID *(con un guiño taimado y vago a los demás)*. — ¡Ja! Ya... ¡Ya lo tenemos de nuevo!

MILLER *(volviéndose hacia él)*. — ¿Tenemos el qué?

SID. — Nada... Sigue nadando... No me hagas caso.

MILLER *(lo mira furiosamente, pero de inmediato vuelve a dominarlo su estado de ánimo nostálgico)*. — El Rojo Sisk... su padre tenía una herrería en el sitio donde está ahora el mercado Unión... los chicos lo llamábamos Rojo

cinco años... entonces, aquí no existía una sola casa... sólo había una estaca donde está ahora la boya, a un kilómetro y medio de distancia. *(Tommy, que ha estado haciendo esfuerzos por contenerse, deja escapar una risita sofocada. Miller lo mira frunciendo el ceño.)* ¡Otro ruido suyo, jovencito, y se retira de la mesa!

SRA. MILLER *(interviniendo rápidamente y tratando de evitar que prosiga el relato)*. — Cómete el cangrejo, Nat. No has comido pescado, como recordarás.

MILLER *(a quien esta alusión dista de agradar, dice malhumorado)*. — Si se proponen interrumpirme a cada momento... *(Se vuelve hacia su cangrejo y lo mastica en silencio durante unos instantes.)*

SRA. MILLER *(procurando cambiar de tema)*. — ¿Cómo sigue el reumatismo de la madre de Ana, Mildred?

MILDRED. — Oh. Está mucho mejor, mamá. Hoy entró un poco a chapotear. Dice que el agua salada es lo único que beneficia realmente a su juanete.

SRA. MILLER. — ¡Mildred! ¿Qué educación es ésa? La mesa no es el lugar más adecuado para hablar de...

MILLER *(vuelve a la obsesión nostálgica)*. — Bueno. Como les iba diciendo, yo y el Rojo fuimos allí y él me

desafió a una carrera hasta la estaca y de regreso. Y yo no permitía que nadie me desafiara impunemente, entonces. Era un chico de coraje. Y le contesté que estaba pronto y partimos. Nadamos, y nadamos, y nadamos, y poco más o menos seguíamos parejos; aunque, como ya dije, el Rojo era más grande y mayor que yo. Pero, finalmente, le saqué ventaja. Estaba avanzando cómodamente, con energías de

SRA. MILLER *(adivinando lo afligido que está Miller en su tono, acude en su ayuda)*. — Claro que es un episodio instructivo... y puedes contarlo todas las veces que se te ocurra. Y si tú te hallaras en otro estado, Sid, yo te diría unas cuantas cosas por burlarte así de Nat.

MILLER *(mirando a su esposa con una sonrisa triste y contradiciéndose a sí mismo)*. — Supongo que debo estar

reserva, sin pizca de fatiga, cuando de pronto oí a mis espaldas algo así como un exclamación entrecortada... así...: "¡Socorro!" (*La imita. Todos tienen los ojos fijos en sus platos, menos, Sid.*) Y me volví y vi al Rojo, angustiado y pálido, y me dijo débilmente: "¡Socorro, Nat! ¡Siento un calambre en la pierna!" Pues bien... No tengo inconveniente en reconocer que me asusté mucho. No supe qué hacer. Pero recordé los pilares del embarcadero. Si lograba arrimar allí al Rojo, podría aferrarme y sostenerlo hasta que alguien nos viera. Pero el pilar estaba todavía... bueno, calculo que debía estar a unos setenta metros.

SID — ¡A ochenta y cinco!

MILLER (*confuso*). — ¿Qué?

SID — ¡Ochenta y cinco! ¡He medido la distancia todas las veces que salvaste la vida del Rojo durante treinta años y el promedio de la distancia hasta ese pilar es de ochenta y cinco metros! (*Alrededor de la mesa hay una explosión de risas. Sid continúa, lastimeramente.*) ¿Por qué no dejaste que el Rojo se ahogara, Nat? No lo conocí, pero estoy seguro de que yo no habría simpatizado con él.

MILLER (*realmente herido, sonríe débilmente con esfuerzo, y finge tomar las cosas como un buen deportista*). — Bueno, creo que tienes razón, Sid. Me parece que he contado ese caso demasiadas veces y aburrido a todos. Pero es un episodio instructivo para los niños porque ilustra el peligro de ser imprudente en el agua...

conquistado a su mamá. — ¡Sé que me voy a envejeciendo, mamá... Estoy empezando a repetirme. Alguien debiera hacerme callar.

SRA. MILLER. — ¡No hay tal cosa! Estás más joven que nunca. (*Se vuelve nuevamente hacia Sid, irritada.*) ¡Cómete tu cangrejo y puede ser que eso te ayude a callarte!

SID (*después de masticar unas cuantas veces, incorregible*). — ¡Cangrejo! ¿Sabes, Tommy, que tu tío Sid es el inventor del cangrejo? ¡De veras! Cierta día, mientras yo estaba construyendo las pirámides, me tomé un día de asueto e inventé el cangrejo. ¿Verdad, Nat? (*Repentinamente, con el tono de un pregonero de varieté.*) Señoras y señores...

SRA. MILLER. — ¡Por Dios! ¿Te callarás de una vez?

SID. — ¡En esta jaula, pueden ver al cangrejo! ¡Ustedes no me creerán, señoras y señores, pero el caso es que este interesante bivalvo sólo le hace el amor a su compañera una vez cada mil años... ¡pero cómo lo disfruta! (*Los niños braman de risa. Lily y la señora Miller ríen contra su voluntad, y luego parecen turbadas. Miller ríe y, brusca-mente, se muestra escandalizado.*)

MILLER. — Cuidado, Sid, cuidado. Recuerda que estás en casa.

TOMMY (*súbitamente, le murmura con voz ronca a su madre, con una mirada de susto y admiración a su tío*). — ¡Mamita! ¡Míralo! Se está comiendo una garra, con caparazón y todo!

SRA. MILLER (*horrorizada*). — ¡Sid! ¿Quieres suicidarte? ¡Quítasela, Lily!

SID (*con gran dignidad*). — Pero si yo prefiero el caparazón. Todos los epicúreos famosos prefieren los caparazones... a la carne menos delicada. más áspera. La

beba! ¡Los labios que toquen el licor no deberán tocar los tuyos!" (*Mirando melancólicamente a Lily.*) ¡Qué lástima! Tan buena mujer en otros tiempos... ¡y ahora esclava del ron! (*Voluntariosa hacia Nat.*) ¿Qué podemos hacer

pasa con las almejas. Si no me como los caparazones, hay cierto aceite que invariablemente me envenena... ¿Verdad, Nat?

MILLER (*jovialmente*). — Parece que te divierte mucho burlarte de mí. Adelante, pues. No me importa.

SRA. MILLER. — Más vale que Sid se vaya derecho a la cama por un rato. Eso será lo mejor.

SID (*meditando sobre esto, con los ojos turbios*). — ¿A la cama? Sí, quizá tengas razón. (*Se pone de pie.*) No me siento del todo bien... en un estado muy interesante... queremos un varoncito. ¿Tengo razón, Nat? Nat, no hago más que decirte todo el día que estoy en un estado interesante y tú me obligas a comer pescado sancochado, sabiendo como sabes... que hay en el pescado cierto aceite que invariablemente... (*Todos vuelven a reír, Lily histéricamente.*)

SRA. MILLER. — ¿Te irás de una vez a la cama, estúpido?

SID (*murmura, amablemente*). — De inmediato... si no antes. (*Se vuelve para pasar por detrás de Lily y luego se detiene, mirándola.*) Espera. Me resta aún por cumplir un deber. Ningún día es completo sin él. Lily, contéstame de una vez por todas... ¿Quieres casarte conmigo?

LILY (*con risita histérica*). — ¡No... nunca!

SID (*asintiendo*). — ¡Perfectamente! ¡Y quizá sea para bien! Porque... ¿cómo podría yo olvidar los pre... preceptos que me enseñó mi madre antes de morir? "Sidney — me dijo —. ¡No te vayas a casar con una mujer que

para salvarla, Nat? (*Con ronco susurro confidencial.*) ¡Más vale internarla en algún establecimiento donde viva alejada de la tentación! ¡El mero olor del ron parece enloquecerla!

SRA. MILLER (*luchando con la risa*). — ¡Deja en paz a Lily y véte a la cama!

SID. — ¡Perfectamente! (*Da la vuelta en torno de la silla de Lily y avanza hacia la puerta de la sala de los fondos. Luego, súbitamente, se vuelve y dice, inclinándose:*) Buenas noches, señoras... y señores. Nos encontraremos... ¡muy pronto! (*Imita a un tambor del Ejército de Salvación.*) ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! ¡Venid y dejaos salvar, hermanos! (*Empieza a cantar el viejo cántico del Ejército.*)

"En el dulce
más allá
nos encontraremos en la hermosa orilla."

(*Se vuelve y se marcha solemnemente por la sala de los fondos, cantando.*)

"Trabaja y reza
mientras puedas.
Pronto, nos encontraremos en el cielo."

(*Miller y su esposa e hijos braman de risa. Lily se desaboga con una risita histérica.*)

MILLER (*calmándose, finalmente*). — Ja, ja. ¡Vaya un caso! ¡Es imposible no reírse de él... aunque se esté burlando de uno!

SRA. MILLER. — ¡Es un hombre como hay pocos, Dios Santo! ¡Me duelen las caderas de tanto reír! Hice tantos

EUGENE O'NEILL

Sid por emborracharse! ¿Qué le importa morir si ella lo trata así? ¡Yo haría lo mismo en el lugar de Sid!

SRA. MILLER (*indignada*). — ¡Richard! ¡Basta!

RICHARD (*citando, con amargura*).

"¡Bebe! Porque no sabes de dónde vienes ni por qué.
¡Bebe! Porque no sabes por qué vas ni adónde."

MILLER (*perdiendo la paciencia, ásperamente*). — ¡Oye, jovencito! ¡Ya he soportado todo lo posible tus tonterías de hoy! ¡Estás creciendo con demasiada rapidez para tu talla, me parece! ¡Guárdate esas estúpidas charlas! ¿Me oyes? . . . ¡O lo lamentarás! ¡Cuidado! (*Se va a grandes zancadas y con aire irritado por la sala de los fondos.*)

SRA. MILLER (*indignada aún*). — Richard, estoy avergonzada de ti. (*Sigue a su marido. Richard permanece inmóvil por un momento, pesaroso, humillado, agraviado, al ver que hasta su padre se ha convertido en enemigo suyo, y su rostro se vuelve cada vez más rebelde. Luego sonríe forzosamente, con desdén.*)

RICHARD. — ¡Bah! ¿Qué diablos me importa? ¡Ya verán!

(*Se vuelve y sale por la puerta de alambre tejido.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

ESCENA I

Escenario: El reservado del bar en un hotelucho, un aposento pequeño y sucio alumbrado por los dos globos de luz, manchados por las moscas, de una araña dorada no menos manchada que pende del centro del cielo raso. Izquierda, primer término, la puerta de vaivén que lleva al bar. A foro de la puerta, contra la pared, una de esas pianolas mecánicas que funcionan echándoles una moneda en la ranura. En la pared de foro, derecha, una puerta que lleva a la "Entrada para Familias" y la escalera que conduce a los aposentos del primer piso. En el centro de la pared de la derecha, una ventana de persianas cerradas. En el centro, primer término, derecha, hacia foro, y a foro centro, tres mesas de tapas sucias y con cuatro sillas alrededor de cada una. Una salivadera de cobre en el suelo, junto a cada mesa. El piso, sin barrer, acribillado de colillas de cigarrillos y cigarros. El horrible empapelado color azafrán está manchado y rasgado.

La misma noche, alrededor de las 10. Richard y Belle están sentados junto a la mesa del centro, Belle a la izquierda de la mesa, Richard en la silla vecina junto al centro de la mesa, foro, de frente al público.

Belle tiene veinte años; es una rubia oxigenada bastante linda, una típica mujerzuela de la época y de las más

reciente en esas filas y tiene aún cierto remordimiento detrás de su maquillaje y sus modas negligentemente desafiantes.

Belle tiene delante una copa de ginebra vacía y Richard un vaso vaciado a medias de cerveza. Su aire es muy tímido, turbado y culpable, pero al propio tiempo orgulloso y emocionado por su hazaña.

La pianola está tocando una canción. El "barman", un rechoncho irlandés, joven y de rostro estúpido y ladino, y sonrisa cínicamente sabia, está parado junto a la puerta del bar, del lado de adentro, mirándolos a ambos por sobre la puertecilla de vaivén.

BELLE (con una mirada impaciente a su acompañante, haciendo tintinear el hielo en su vaso vacío). — Bébete tu cerveza... ¿Por qué no bebes? Se está volviendo insípida.

RICHARD (turbado). — La he dejado a propósito. La prefiero así. (Pero apura precipitadamente el resto de su vaso, como si fuese un medicamento desagradable. El "barman" deja oír una risita claramente perceptible. Belle lo mira.)

BELLE (señalando desdeñosamente con la cabeza el piano). — Oiga, George... ¿Es esa canción la última novedad de este maldito pueblo? ¡La pobre sólo tiene dos años de antigüedad! ¿Por qué no consigue un rollo nuevo para ese viejo armatoste?

BARMAN (con una sonrisa). — Quéjese al patrón, no a mí. Aquí no estamos acostumbrados a tener bombones como usted. Si no, nos hubiéramos modernizado.

BELLE (con una sonrisa profesionalmente traviesa, mirándolo). — No se burle de mí. No me gusta. (Luego, canturrea acompañando la música, los ojos fijos en Ri-

chard.) "Kosita, me gustaría tocarle." (El "barman" rie, ella le hace a Richard una mueca sonriente.) ¿Oíste alguna vez esas palabras, chico?

RICHARD (que las ha oído, pero a quien le choca oírsele decir a una muchacha, adoptando un aire hastiado). — Claro, muchas veces. Eso es viejo.

BELLE (arrimando su silla a la de él y poniendo la mano sobre una de las de Richard). — Entonces... ¿por qué no obras como si supieras muy bien todo eso?

RICHARD (nerviosísimo). — Claro, he oído esa vieja parodia en muchas oportunidades. ¿Por quién me tomas?

BELLE. — No lo sé, chico. Palabra que me tienes desconcertada.

BARMAN (con risita burlona). — Es un gran jueguista... ¿no se da cuenta? Nunca vi a detrochador semejante. ¡Estoy mareado de tanto traerles bebidas!

BELLE (riendo con fastidio, a Richard). — No dejes que se burle de ti. Hazte ver. Más bríos y toma otra copa. ¿Qué me dices?

RICHARD (humillado, virilmente). — Claro. Perdona. Estaba pensando en otra cosa. Pide lo que quieras. (Se vuelve hacia el "barman", que ha entrado). — Vea qué quiere la señora... Y sírvame algo a mí también.

BARMAN (acercándose a la mesa, con un guiño a Belle). — ¡Así se habla! ¡Ya decía yo que usted era un gran tipo! ¡Me fumaré un cigarro por su cuenta! (A Belle.) ¿Qué toma, nena? ¿Lo mismo?

BELLE. — Sí. Y olvide por esta vez las reglas de la casa y recuerde que en la ginebra debe haber ginebra.

BARMAN (sonriendo). — Trataré de que así sea... por tratarse de usted. (A Richard.) ¿Le sirvo otra cerveza?

RICHARD (tímidamente). — Una cerveza chica. No tengo sed.

BELLE (*calculadoramente insultante*).— Díme, hijo... ¿Tan despacio andan las cosas en Harvard? ¡Si estuvieras en New Haven, te pondrían en un jardín de infantes! ¡Despiértate! La cerveza sola da sueño. ¡Bebe como un hombre!

RICHARD (*avergonzado*).— Bueno. Iba a hacerlo. Trágame un cóctel.

BELLE (*al "barman"*).— Y que sea un cóctel de veras.

BARMAN (*con un guiño a Belle*).— Ya comprendo. Algo que lo haga entrar en calor... ¿eh? (*Entra al bar, riendo a la sordina.*)

BELLE (*mirando a su alrededor, con irritación*).— ¡Dios santo, qué turgorio! (*Richard se sobresalta al oír esto y baja los ojos.*) ¡Que me lleve el diablo si este no es el villorrio más aburrido donde me ha tocado recalar! ¡Apostaría a que la gente se lleva la vereda a su casa después de las nueve de la noche! (*Volviéndose hacia Richard.*) Oye, chico... Sé franco... ¿Sabe tu mamá que has salido?

RICHARD (*a la defensiva*).— Vamos, basta ya... ¡Quieres burlarte de mí!

BELLE (*lo mira de soslayo, resuelve abordarlo de otro modo y le acaricia la mano*).— Perfectamente. No lo dije con intención, querido. Por favor, no te enojés conmigo.

RICHARD.— No me enojo.

BELLE (*seductora*).— Mira, lo que pienso es esto. Me pareces uno de los chicos más encantadores que he conocido... y podría quererte mucho si me dieras la oportunidad... en vez de mostrarte tan frío e indiferente.

RICHARD.— No soy frío e indiferente. (*Solemnemente trágico.*) Lo que pasa... es que tengo un peso en el alma.

BELLE (*impaciente*).— Pues olvídale y dale la oportunidad de surtir efecto a otra cosa. (*Entra el "barman", trayendo las bebidas.*)

BARMAN (*dejándolas, con un guiño a Belle*).— Esto lo hará entrar en calor. Son cuarenta centavos... con el cigarro, naturalmente.

RICHARD (*saca sus billetes y le tiende uno de un dólar, diciendo con exagerada negligencia*).— Guárdese el vuelto. (*Belle lanza una exclamación entrecortada y se dispone a protestar, pero lo piensa mejor. El "barman" no puede creer por un momento en su buena suerte, y se guarda el billete precipitadamente, como temiendo que Richard cambie de idea.*)

BARMAN (*con acento de respeto en la voz*).— Gracias, señor.

RICHARD (*majestuosamente*).— No hay de qué.

BARMAN.— Confío en que le gustará el cóctel. Me costó más trabajo que de costumbre hacerlo. (*La voz del Viajante, que acaba de entrar en el bar, grita: "¡Eh! ¿No hay nadie aquí?", y se oye golpear en el mostrador con una moneda.*) Voy. (*El "barman" sale.*)

BELLE (*con amable reproche y una flameante estima de las posibilidades de su amigo*).— No debieras ser tan generoso, chico. Así, la gente se acostumbra mal. Habría bastado con diez centavos.

RICHARD.— No tiene importancia. No soy tacaño.

BELLE.— Así se habla. (*Después de una rápida mirada al bar, alza furtivamente la falda y, ante la escandalizada fascinación de Richard, saca un atado de cigarrillos baratos de la media.*) Ojo con ese camarero, chico, y dime si lo ves venir. Según me dijo, a las muchachas sólo les permiten fumar en las habitaciones del primer piso.

RICHARD (*turbado*).— Está bien. Vigilaré.

BELLE (*después de haber encendido el cigarrillo, le tiende el atado*).— ¿Quieres uno? Supongo que fumas... ¿verdad?

RICHARD (*aceptando*).— ¡Naturalmente! Hace dos años

que fumo. . . a escondidas. Pero el año próximo me permitirán fumar. . . digo, las pipas y cigarrillos. (*Enciende su cigarrillo con refinada negligencia, pero no aspira el humo, y dice, observándola con escandalizada inquietud:*) ¡Oye, no debes tragar el humo así! El fumar les hace mal a las muchachas de todos modos, aunque no. . .

BELLE (*cínicamente divertida*). — ¿Crees que me impedirá crecer? ¡Chico, eres graciosísimo! ¡Un día de éstos, te veremos reverendo! (*Richard parece avergonzado. Ella lo inspecciona con impaciencia y alza su vaso.*) ¡Bueno, así se hace! ¡Ahora, vacía tu vaso! Pruébame que realmente sabes beber. Yo te quitaré ese peso del alma. (*Richard sigue su ejemplo y ambos beben todo el contenido de sus vasos y luego los invierten para mostrar que están vacíos.*) ¡Bravo! ¡Esto ya es algo! ¿Te sientes mejor?

RICHARD (*orgulloso de sí mismo, con tímida sonrisa*). — No lo dudes.

BELLE. — Pues te sentirás mejor aun dentro de un momento. . . y entonces, quizá no seas tan altanero y hostil. . . ¿eh?

RICHARD. — No lo soy.

BELLE. — Sí que lo eres. Creo que, simplemente, no te gusto.

RICHARD (*con aire muy varonil*). — Me gustas.

BELLE. — ¿Mucho?

RICHARD. — Mucho.

BELLE. — ¡Pruébamelo! (*Al ver que él se mueve, nervioso.*) ¿Quieres que me siente en tus rodillas?

RICHARD. — Sí. . . Yo. . . (*Belle se le sienta en las rodillas. Él parece desesperadamente incómodo, pero el cóctel se le está subiendo a la cabeza y se enorgullece de sí mismo, y además se siente satánico.*)

BELLE. — ¿Por qué no me rodeas con el brazo? (*El lo*

hace, torpemente.) No, así no, no seas flojo. Apriétame fuerte. No temas lastimarme. Me gusta que me aprieten. . . ¿Y a ti?

RICHARD. — Claro que sí.

BELLE. — Especialmente cuando se trata de un chico guapo como tú. (*Despeinándolo.*) ¡Caramba! Tienes una hermosa cabellera. . . ¿No lo sabías? ¡Estoy loca por ti! ¡Palabra! ¿Por qué no has de entusiasmarteme conmigo? Yo no soy tan fea. . . ¿verdad?

RICHARD. — No. Tú eres. . . eres linda.

BELLE. — Por la manera como lo dices, se diría que no lo piensas.

RICHARD. — Sí que lo pienso. Palabra.

BELLE. — Entonces. . . ¿por qué no me besas? (*Se inclina hacia él. Richard vacila, la besa, e inmediatamente se echa atrás.*) ¿A eso lo llamas un beso? Fíjate. (*Le aferra la cabeza y oprime sus labios contra los de él y se queda unos instantes así. Richard, sobresaltado, se resiste. Belle ríe.*) ¿Qué te pasa, tesoro? ¿Nunca te han besado así?

RICHARD. — Claro que sí. Muchas veces.

BELLE. — Entonces. . . ¿por qué saltaste como si yo te hubiera mordido? (*Retorciéndose sobre las rodillas de Richard.*) ¡Caramba! ¡Me estoy enloqueciendo por ti! ¿Qué haremos? ¡Dímelo!

RICHARD. — Yo. . . no sé. (*Audazmente.*) Yo. . . yo también estoy loco por ti.

BELLE (*volviendo a besarlo*). — Piensa en los momentos maravillosos que están pasando Edith y tu amigo Wint en el primer piso. . . mientras que nosotros nos quedamos sentados aquí como dos idiotas. Una habitación sólo cuesta dos dólares. Y, como me gustas tanto, yo me conformaré con cinco dólares. . . por tratarse de ti. Lo haría por nada. . . por ti. . . pero tengo que vivir y debo el alquiler de mi

cuarto de New Haven... y ya sabes cómo son esas cosas. Les cobro diez dólares a todos los demás. ¡Palabra! (*Vuelve a besarlo, se levanta de sus rodillas y le dice, con vivacidad.*) Vamos. Dile al camarero que quieres una habitación. Y apúrate. ¡Palabra! ¡Te quiero tanto que no veo la hora de estar arriba contigo!

RICHARD (*va mecánicamente hacia la puerta del bar; luego vacila, y en su espíritu se libra una gran lucha: el conflicto entre la timidez, la repugnancia que le causa el elemento monetario, el recato escandalizado y el culpable recuerdo de Muriel, su creciente ebriedad que lo incita a ser un libertino y a arriesgarlo todo por el fruto prohibido y convierte a la mujerzuela, a sus ojos, en un vampiro romántico y perverso. Finalmente, se detiene y murmura, confuso:*) No puedo.

BELLE. — ¡Cómo! ¿Te avergüenza pedir una habitación? Deja que lo haga yo, entonces. (*Falto mutis.*)

RICHARD (*con desesperación*). — No... no quiero... no quiero.

BELLE (*lo escudriña y la ira asoma a sus ojos*). — ¡Sucio tacaño!

RICHARD. — ¡No soy un sucio tacaño!

BELLE. — ¡Pensar que me has tenido aquí toda la noche perdiendo el tiempo, cuando pude estar con un hombre de veras... si los hay en este poblacho... y que ahora me abandonas! ¡Vaya un avaro! ¡Tú tienes cinco dólares! ¡Los vi cuando pagaste las bebidas, de modo que no me mientas!

RICHARD. — Yo... ¿Quién te dijo que no los tenía? Y no soy un avaro. Si tanta falta te hacen los cinco dólares... para pagar el alquiler... puedes recibirlos sin... quiero decir... que me alegraré de dártelos... (*Ha estado burgando en su bolsillo y saca un rollo de nueve dólares y le tiende los cinco.*)

BELLE (*a duras penas logra dar crédito a sus ojos, le arranca casi el dinero de la mano, rie, y al instante se muestra sentimentalmente agradecida*). — ¡Gracias, chico! ¡Caramba!... Gracias... ¡Caramba! Perdóname por haber perdido los estribos y haberte gritado... ¿quieres? ¡Eres un encanto! ¡El chico más amable que he conocido! (*Lo besa y Richard sonríe orgullosamente, sintiéndose ahora un héroe ante sus propios ojos, por muchas razones.*) ¡Caramba! ¡Eres un encanto! ¡Gracias, de nuevo!

RICHARD (*con aire majestuoso, completamente borracho*). — No es... nada... estoy más que satisfecho. (*Con audacia.*) Oye... Dame otro beso... y con eso, me doy por bien pagado.

BELLE (*besándolo*). — Te daré mil, si los quieres. Ven, sentémonos y bebamos otra copa... y esta vez convidaré yo, nada más que para probarte mi aprecio. (*Llama.*) ¡Eh, George! ¡Tráiganos otra vuelta de lo mismo!

RICHARD (*en cuyo espíritu reaparece un resto de cautela*). — Oh, no sé si debo...

BELLE. — Bah, otra copa no te hará daño. Y quiero convidarte... ¿comprendes? (*Vuelven a sentarse, cada cual en su lugar.*)

RICHARD (*arrimando audazmente su silla a la de ella y rodeándola con el brazo, ebrio*). — Te quiero mucho... ahora que estoy empezando a conocerte. Eres una muchacha preciosa.

BELLE. — ¡No está mal! Entonces, si soy preciosa... ¿por qué no quisiste llevarme arriba? Eso es lo que no comprendo.

RICHARD (*mintiendo audazmente*). — Quise hacerlo, pero... (*Con solemnidad.*) He hecho un juramento. (*Entra el "barman" con las bebidas.*)

BARMAN (*dejándolas sobre la mesa*). — Sirvanse. (*Mi-*

rando el brazo de Ricardo en torno de la cintura de Belle.)
¡Ajá! Por lo que veo, estamos progresando. (*Richard lo mira con ojos de borracho.*)

BELLE (*butgando en su media, le da al "barman" un dólar.*).— Tome. Esta vuelta la pago yo. (*Él le da el vuelto, ella le da una moneda de propina y el "barman" sale. Belle se mete en la media los cinco dólares de Richard y levanta el vaso.*) A tu salud... y gracias. (*Bebe.*)

RICHARD (*alborotador*).— ¡Hasta el fondo! ¡Hasta el fondo! (*Bebe todo su cóctel y suspira con exagerada satisfacción.*) ¡Caramba! ¡Esto sí que es bueno! (*Abrazándola.*) Dame otro beso, Belle.

BELLE (*besándolo*).— ¿Qué quisiste decir hace un momento al hablar de un juramento?

RICHARD (*con tono solemne*).— Juré ser fiel.

BELLE (*cínicamente*).— Hasta que la muerte nos separe... ¿no es eso? ¿Quién es ella?

RICHARD (*lacónico*).— Eso no es cosa tuya.

BELLE (*irritándose*).— De modo que no valgo lo bastante para hablar de ella... ¿eh?

RICHARD.— No quise... decir eso. Me pareces muy bien. (*Con gravedad de borracho.*) Sólo que no debieras llevar este género de vida. Esto no está bien... para una chica tan linda como tú. ¿Por qué no te reformas?

BELLE (*ásperamente*).— ¡Oye! ¡Nada de tonterías! Puedo darte mucho por tus cinco dólares, pero no puedes reformarme... ¿comprendes? ¡Ocupate de tus cosas, chico, y no te entrometas en lo que no te importa!

RICHARD.— Yo... yo no quise ofenderte.

BELLE.— Ya lo sé. Pero te pareces a mucha gente de

dipo en el matorral, dándole todo lo que él quiere. ¡No seas tonto, chico! ¡Hasta las moscas lo hacen!

RICHARD (*incorporándose en su silla, irritado*).— ¡No digas eso! ¡No te atrevas a decirlo!

BELLE (*sin dejarse impresionar, se encoge cínicamente de hombros*).— Muy bien. ¡Hazte el gusto y pórtate como un incauto! Tanto me da.

RICHARD.— Tú no la conoces, porque si no...

BELLE.— Ni quiero conocerla. ¡No me hables de ella! ¿Quieres hacerme ese favor? (*Aparta los ojos de él, con encono. La borrachera de Richard aumenta visiblemente por momentos. El Barman y el Viajante franquean la puerta de vivén y se detienen. El Barman señala con la cabeza a Belle, guiñándole el ojo al Viajante. El Viajante sonríe y entra, con la copa en la mano. Es un hombre gordo, mosqueado, de unos cuarenta años, de elegancia barata, con la vivacidad profesional y el aire festivo propios de la gente de su gremio. Belle lo mira cuando entra y ambos se entienden a las mil maravillas. Ella conoce de memoria a los hombres como él, y él se conoce al dedillo a las muchachas como ella.*)

VIAJANTE (*pasa junto a Belle, camino de la mesa de la derecha y sonríe amablemente*).— Buenas noches.

BELLE.— Buenas noches.

VIAJANTE (*sentándose*).— Confío en no aguarles la fiesta... pero me cansé de estar parado junto al mostrador.

BELLE.— Por mí, no hay inconveniente. (*Mirando a Richard, con bastante desdén.*) No me divierte mucho, que digamos.

buenas intenciones. (*Cambiando de tema.*) De modo que le eres fiel a tu amorcito... ¿eh? (*Con risa desagradable.*) ¿Y ella? Apuesto a que en este momento está con algún

"Aunque yo no quise hacerlo porque la amaba demasiado, pero al conocerla supe qué eran las mujeres."

(*Mira con el ceño fruncido al Viajante y luego le dice a Belle:*) ¡Bebamos otra copa!

BELLE. — Ya has bebido bastante. (*Richard se resigna, murmurando algo entre dientes.*)

VIAJANTE. — ¿Qué es...? ¿Un niño poeta o un niño actor?

BELLE. — No lo sé. Me da que pensar.

VIAJANTE. — Pues si pudieras darle pasaporte a esta criatura, haríamos quizá un negocito.

BELLE. — Eso es fácil. Alzo el vuelo y ya está. (*Asiendo del brazo a Richard.*) Oye, chico. Este es un viejo amigo mío, el señor Smith, de New Haven, que acaba de llegar. Iré a sentarme a su mesa por un rato. ¿Entiendes? Y tú, más vale que te vayas a casa.

RICHARD (*mirándola, parpadeante y frunciendo el ceño*). — ¡No me iré! ¡Ya verán!

BELLE. — Como quieras... pero suéltame. (*Le aparta el brazo con que la rodea y se va a sentar con el Viajante. Richard la mira, con aire ofendido.*)

RICHARD. — Véte. ¿Qué me importa lo que puedas hacer? (*Recita, despectivamente.*) "Porque una mujer no es más que una mujer, pero un buen cigarro es humo."

VIAJANTE (*al sentarse Belle a su lado*). — Bueno...

VIAJANTE. — Eso me da esperanzas.
RICHARD (*de promio, recita sentimentalmente*).

VIAJANTE (*sonriendo*). — ¡Vamos, esto es muy divertido! (*Le dice a Richard, con tono alentador:*) Muy sabroso, muchacho. Muy sabroso. Danos más.

RICHARD (*haciendo caso omiso de él, sigue, más enfáticamente*).

"¡Algunos, lo hacen con una mirada amarga, otros, con una palabra lisonjera; el cobarde, lo hace con un beso, y el valiente con una espada!"

(*Mira a Belle con aire melancólico y murmura, trágicamente:*) ¡Yo lo hice con un beso! Soy un cobarde.

VIAJANTE. — ¡Me gusta, chico! ¡Tienes algo en la cabeza! A ver... ¡Dínos otro!

BELLE (*riendo*). — ¡Qué entusiasmo!

RICHARD (*mirándola con irritación, declama con aire patético*).

"Ajá — gritaron —. ¡El mundo es ancho, pero los pies engrillados no llegan lejos! Y tirar los dados un par de veces es un juego de caballeros. ¡Pero no gana quien juega con el Pecado en la secreta Casa de la Vergüenza!"

BELLE (*irritada*). — ¡Oh! ¡Basta! ¡Basta de tonterías!

¿Qué clase de cerveza prefieres?

BELLE.—Quiero una ginebra.

VIAJANTE.—Lamento notar que tienes gustos extravagantes.

RICHARD (*comienza a recitar, lúgubrementemente*).

"Pero todo hombre mata lo que ama,
que todos sepan esto."

¡Dános una tregua!

VIAJANTE (*burlón*).—Esta chica tuya no aprecia la poesía. Es una ignorante. Pero yo devoro los versos. ¡Dínos más! ¿Conoces "El Cangrejo y el Joven Sabio"? (*Se vuelve con aire grave hacia Belle.*) Te aseguro que es algo espléndido. Se lo oí recitar a un tipo en el Poli. Puede ser que este chiflado lo conozca. ¿Lo conoces, chico? (*Pero Richard se limita a mirarlo sombríamente, sin responder.*)

BELLE (*examinando a Richard, con desdén*).—Se ha pescado una buena borrachera... y eso que apenas si ha bebido.

RICHARD (*súbitamente, con siniestro énfasis*).—"¡Y luego... a las diez... vendrá Eilert Lovbord... con hojas de parra en el cabello!"

BELLE.—¡Y pájaros en la cabeza, si él fuera tú!

RICHARD (*la mira con amargura, se levanta belicosamente y le dice al Viajante*).—¡No creo que usted la haya conocido en New Haven, nada de eso! ¡Acaba de conocerla ahora! ¡Déjela en paz! ¿Me oye? Usted no la tocará... ¡al menos, mientras yo esté aquí para protegerla!

BELLE (*riendo*).—¡Oh, Dios mío! ¡Escúchenlo!

VIAJANTE.—¡Ssst! ¡Esto es divertidísimo! ¡Espera! (*Le habla a Richard, con tono exageradamente melodramático.*) ¡Maldito seas, Jack Dalton! Si no la suelto... ¿qué pasará?

RICHARD (*amenazante*).—¡Le daré un buen golpe en el hocico, eso es todo! (*Avanza hacia la mesa del Viajante y Belle.*)

VIAJANTE (*simulando terror, chilla en falsete*).—¡Socorro! ¡Socorro! (*El "barman" se adelanta, irritado.*)

BARMAN.—¡Eh! ¡Basta de alboroto! ¿Qué demonios

Papa... pero no está obligado a creerme. Si no quiere dificultades, le aconsejo que lo eche para que se vaya a otro bar y que se arreglen allí si pasa algo y hace falta mentir.

BARMAN.—Hum. (*Se vuelve hacia Richard, enojado, y le da un empellón.*) Vamos, vamos. ¡En marcha! ¡Nada de desórdenes aquí! ¡Váyase ahora mismo!

RICHARD.—¡No me iré!

BARMAN.—¡Ah! ¿No? (*Le da otro empellón que casi lo despata en el suelo.*)

BELLE (*despiadada*).—¡Échelo! ¡Estoy harta de sus disparates! (*Richard se vuelve, furioso, y procura golpear al "barman".*)

BARMAN (*esquivando su golpe*).—¡Ajá! ¡Ajá! (*Agarra a Richard del cuello y de los fondillos de los pantalones y lo arrastra ignominiosamente hacia la puerta de vavén.*)

RICHARD.—¡Suélteme, sucio cobarde!

BARMAN.—Quieto... ¡o le daré un directo a la mandíbula que lo hará callar! (*Lo expulsa por la puerta de alambre tejido y, un momento después, se oye el ruido de la puerta de calle al abrirse y cerrarse.*)

VIAJANTE (*con una risita*).—Confiesa, chica, que me libé de él con habilidad

les pasa?

RICHARD. — Ése es... ¡demasiado insolente!

VIAJANTE (*con un guiño*). — Este joven iba a matarme. (*Luego, se le ocurre una brillante idea para eliminar a Richard y le dice con gravedad al "barman":*) Eso no es cosa mía, hermano, pero yo que usted echaría a este joven borracho. Es menor de edad: eso salta a la vista.

BARMAN (*con aire culpable*). — Me dijo que tenía los 18 cumplidos.

VIAJANTE. — Sí, y yo le digo a usted que soy el

hombre de él con habilidad.

BELLE (*súbitamente sentimental*). — Pobre chico. Confío en que llegará a casa sin dificultad. Me gustaba... antes de emborracharse.

VIAJANTE. — ¿Quién es?

BELLE. — El chico que está arriba con mi amiga me lo dijo, pero no le presté mucha atención. El apellido de este muchachito es Miller. Si mal no recuerdo, su amigo me dijo que el padre es dueño de un periódico del pueblo.

VIAJANTE (*con un silbido*). — ¡Caray! Entonces debe ser el hijo de Nat Miller.

BARMAN (*volviendo del bar*). — Pues ya está en camino... ¡con un buen puntapié en la rabadilla para ayudarlo!

VIAJANTE (*con una risita maliciosa*). — ¿De veras? Pues muy bien puede ser que ese puntapié le cueste su empleo, hermano. ¿Conoce a Nat Miller, el dueño del "Globe"? Este es su hijo.

BARMAN (*pálido*). — ¡Diablos! ¿Quién le dijo eso?

VIAJANTE. — Esta muñeca. (*Levantándose*.) Bueno, iré a darle una mano al chico... Cuidaré de que suba sin dificultad al autobús. Nat Miller es un buen hombre. (*Sale de prisa*.)

BARMAN (*malignamente*). — ¡Maldita sea mi suerte! Si Miller descubre que le serví licor a su chico, me hará echar del pueblo. (*Se vuelve furiosamente hacia Belle*.) ¿Por qué no me lo dijo, vagabunda piojosa?

BELLE. — ¡Eh! Yo no le aguanto a nadie esos motes...

ESCENA II

Escenario: El mismo del primer acto, la sala de los Miller, esa misma noche, alrededor de las once.

Miller está sentado en su mecedora favorita a la izquierda de la mesa, primer término. Se ha quitado el cuello, la corbata, el saco y los zapatos, poniéndose una bata marrón vieja y ajada y unas pantuflas de aspecto poco decoroso. Tiene calados los anteojos y lee un periódico. Pero, evidentemente, está preocupado y no le presta mucha atención.

La señora Miller está sentada junto a la mesa, a la derecha, primer término. También se ha puesto los anteojos. Sobre su regazo hay un cesto de costura y hace todo lo posible por concentrar su atención en la labor. Pero, como ocurre con su marido, aunque de un modo mucho más evidente, no puede disimular su inquietud y

¡y menos a un repartidor de cerveza como usted!

BARMAN (*furioso*). — Conque, no... ¿eh? ¿Quién sino usted me dijo que pusiera dinamita en ese cóctel? (*Le da a la silla de Belle un empujón que casi arroja al suelo a la muchacha.*) ¡Váyase... y pronto... porque si no llamaré a Sullivan y la haré meter en la cárcel por callejear! (*Le da a Belle un empujón que la arroja contra la puerta de la entrada para familias.*) ¡Lárguese de aquí... y sin demora!

BELLE (*abre la puerta, sale, se vuelve y grita malignamente*). — ¡Yo te ajustaré las cuentas, idiota, aunque tenga que ir a la cárcel por eso! (*Se va, dando un portazo.*)

BARMAN (*la sigue con la mirada, preocupado, y se encoge de hombros*). — Eso no es más que una fanfarronada. (*Con un suspiro, se vuelve hacia el mostrador.*) ¡Esas vagabundas piojosas siempre le traen dificultades a nuestro bar!

mucho más evidente; no puede disminuir su inquietud y su nerviosidad salta a la vista.

Lily está sentada en el sillón junto a la mesa, a foro, mirando a la derecha. Simula leer una novela, pero su atención vagabundea también y está triste, aunque su amargura ha desaparecido y se la nota sumisa y resignada.

Mildred se halla instalada junto al escritorio, a la derecha primer término, escribiendo a ratos unas palabras y deteniéndose a cada momento para inspeccionar su trabajo con aire crítico, mordiendo la lengua, intensamente concentrada en su tarea. Tommy está sentado en el sofá a izquierda, primer término. La jornada ha sido movida para él y tiene un sueño espantoso, pero no quiere confesarlo. Sus ojos parpadean queriendo cerrarse y cabecea, pero no se rinde, y cada vez que adivina que alguno de la familia lo mira, se impone una vigilia de ojos alegres.

MILDRED (*examina finalmente las pocas palabras que ha escrito y éstas la satisfacen*). — Ya está. (*Le lleva el papel a su madre.*) Mira, mamita. He estado practicando una nueva manera de escribir mi nombre. No mires los primeros ensayos... Fíjate solamente en el último. ¿Verdad que está de rechupete?

SRA. MILLER (*arrancada a su preocupación*). — No uses ese horrible lenguaje popular. Bastante mal suena ya en boca de los muchachos, y tratándose de una chica que se supone educada... ¡Santo Dios! Si mi madre me hubiese oído decir, cuando yo tenía tu edad...

MILDRED. — Entonces... ¿esto no te parece lindo?

SRA. MILLER (*volviendo a sumirse en su preocupación, inspecciona el papel y dice con aire indeciso*). — Sí, muy lindo, Mildred... muy lindo, por cierto. (*Le tiende el papel, mecánicamente.*)

SRA. MILLER (*con otro suspiro*). — ¿Qué hora es, Nat?

MILLER (*adoptando un tono festivo*). — Voy a comprar un reloj de pared y lo pondré aquí. Me obligas a sacar el reloj a cada momento. (*Lo ha sacado del bolsillo del chaleco y dice, con forzada negligencia:*) Apenas son las diez y unos minutos.

SRA. MILLER. — ¡Pero si dijiste lo mismo hace una hora! Nat Miller, me estás contando fábulas para tranquilizarme. ¡Muéstrame ese reloj!

MILLER (*con aire culpable*). — Bueno, pues son las once menos cuarto... pero eso no es tan tarde... ¡Recuerda que hoy es el cuatro de julio!

SRA. MILLER. — ¡Basta de mencionar el cuatro de julio! ¡A juzgar por tus palabras, eso es un buen pretexto para cualquier cosa, lo mismo para un robo que para un crimen!

MILDRED (*se siente algo picada, pero sonríe*). — ¡Dis- traída! Creo que ni siquiera lo viste. (*Da la vuelta a la mesa para mostrarle el papel a su tía Lily. Miller mira con desasosiego a su mujer y luego, como si temiera en- contrarse con sus ojos, vuelve a enfrascarse en su periódico.*)

SRA. MILLER (*absorta, suspira con inquietud*). — ¡Oh...! ¡Ojalá venga Richard de una vez!

MILLER. — Vamos, Essie. Llegará de un momento a otro. No te preocupes.

SRA. MILLER. — ¡Sí que me preocupo!

LILY (*examinando el trabajo caligráfico de Mildred y sonriendo*). — Muy bonito, Mildred. Tu caligrafía está mejorando muchísimo. Pero... ¿no te parece que hay demasiados arabescos?

MILDRED (*decepcionada*). — Pero, tía Lily... Es eso, pre- cisamente, lo que he practicado con más empeño.

MILDRED (*algo disgustada*). — Oh, mamá... Richard se ha escapado solamente a ver los fuegos artificiales de la playa, ya lo verás.

SRA. MILLER. — Esos fuegos artificiales han terminado hace mucho. Ya debiera estar en casa.

LILY (*tranquilizadora*). — Lo más probable es que no haya conseguido asiento, dado lo repletos que vienen los autobuses, y que haya tenido que volver a pie.

MILLER (*aferrándose con alivio a esta esperanza*). — Sí, no lo pensé, pero apuesto a que ha sucedido eso.

MILDRED. — Oh, no te inquietes, mamá. Richard sólo quiere alardear de lo mucho que lo aflige esa estúpida Muriel... ¡y que todos se preocupen por él y se pregunten si no se ha ahogado o algo así!

SRA. MILLER (*con brusquedad*). — ¡Cállate! ¡A juzgar por tu modo de hablar, se diría que no tienes corazón! (*Con una mirada acusadora a su marido.*) ¡Sólo sé una

MILDRED (*que se da trabajo el papel a su paare y se lo mete ahora delante de las narices*). — Mira, papá.

MILLER (*se aferra a esta interrupción, con alivio*). — Veamos... Hum. Me parece que, últimamente, has estado inventando una firma nueva cada semana. ¿En qué te estás adiestrando? ¿En la firma de cheques? Segura- mente, te propones atrapar a un marido rico.

MILDRED (*meneando travesamente la cabeza*). — ¡Nada de campanas nupciales para mí! Pero... ¿qué te parece esto, papá?

MILLER. — Me parece abrumador... ¡Es la única pa- labra posible. Abrumador... Uno podría ponerlo en la Declaración de la Independencia sin sentirse avergonzado.

SRA. MILLER (*desolada y casi al borde de las lágrimas*). — ¡Es muy bonito eso de que te rías y bromees con Mildred! Yo soy la única persona de la casa que parece preocuparse... (*Sus labios tiemblan.*)

SRA. MILLER (*mirando a su marido, con aire acusador*). — ¡Eso es! ¿Ves lo que has hecho? ¡Debiste adivinar que Tommy se apropiaría tus excusas! (*Volviéndose hacia Tommy, le dice ásperamente:*) ¡Ya oíste lo que te dije, jovencito!

TOMMY. — ¡Oh, mamita! ¿No podría quedarme un poquito más?

SRA. MILLER. — ¡Dije que no! Obedéceme y basta de discusiones!

TOMMY (*se levanta con esfuerzo*). — ¡Oh! Me gusta- ría quedarme levantado hasta que Richard...

MILLER (*bondadosamente, pero con firmeza*). — Tu ma- má dijo que no quería más discusiones. Más vale que obedezcas. (*Tommy acepta su suerte con resignación y empieza a repartirles a todos el beso de las buenas noches.*)

TOMMY (*besando a su tía*). — Buenas noches, tía Lily.

LILY. — Buenas noches, querido. Que duermas bien.

TOMMY (*con un beso superficial a Mildred*). — Bue-

cosa, y es que no lo has heredado de mí! (La mirada de Miller se encuentra con la suya y la rebuye con aire culpable. Lanza un gran suspiro y aparta los ojos de su marido. Tommy, que parpadea y cabecea, teme que la mirada de su madre se pose sobre él. Se gorguea, alerta, y habla con una voz que, a pesar de sus esfuerzos, rezuma somnolencia.)

TOMMY. — Muéstrame lo que has escrito, Mid.

MILDRED (cruelmente burlona). — ¿A tí? ¡Tienes tanto sueño que ni siquiera podrías verlo!

TOMMY (valientemente). — ¡No tengo sueño!

SRA. MILLER (fijando la mirada en él). — ¡Dios mío, olvidaba que estás levantado aún! ¡Véte a la cama ahora mismo! ¡Debiste acostarte hace horas!

TOMMY. — Pero si hoy es el cuatro de julio. ¿Verdad, papá?

nas noches.

MILDRED. — Buenas noches.

TOMMY (besando a su padre). — Buenas noches, papá.

MILLER. — Buenas noches, hijo. Que duermas bien.

TOMMY (besándola). — Buenas noches, mamita.

SRA. MILLER. — Buenas noches. ¡Espera! Me parece que tienes fiebre. Déjame que te toque la frente. No. Estás bien. Sube pronto a tu cuarto. Y no olvides tus oraciones.

(Tommy va lentamente hacia el umbral, luego se vuelve bruscamente, y el descubrimiento de otra excusa ilumina su rostro.)

TOMMY. — Otra cosa, mamita. Cuando estuve hace un rato en el retrete...

SRA. MILLER (áspera). — ¿Cuando estuviste dónde?

TOMMY. — En el baño.

SRA. MILLER. — Eso suena mejor.

TOMMY. — Cuando estuve hace un rato en el baño, el tío Sid roncaba como una bocina de barco... y duermes en la pieza contigua a la mía. ¿Cómo quieres que duerma si él... (Lo golpea un bostezo que amenaza desarticularle la mandíbula.)

SRA. MILLER. — Creo que te dormirías aunque estuvieras metido en una bocina de barco. Véte. (Tommy se rinde, sonríe de un modo soñoliento y se va a acostar. Apenas ha olvidado a Tommy, la preocupación vuelve al espíritu de la señora Miller, decuplicada. Suspira, se mueve inquieta y pregunta:) ¿Qué hora es, Nat?

MILLER. — Vamos, Essie. Te lo dije hace un momento.

SRA. MILLER (resentida). — ¡No sé cómo puedes tomar las cosas con tanta calma! Estamos a medianoche,

ARTHUR. — ¿No ha vuelto aún Dick? ¿Adónde fué?

MILLER. — Eso es, precisamente, lo que quisiéramos saber. No te encontraste con él... ¿verdad?

ARTHUR. — No. He estado en casa de los Rand desde la cena. (Se sienta en el sillón que está a izquierda de la mesa, foro.) Supongo que Dick habrá hecho una escapada a la playa a mirar los fuegos artificiales.

MILLER (fingiendo una convicción que dista mucho de sentir). — Claro. Es lo que hemos tratado de hacerle comprender a tu madre, pero sigue sintiéndose preocupada.

SRA. MILLER. — Pero si Dick iba a ver los fuegos artificiales... ¿por qué no nos lo dijo? Sabía que lo dejaríamos ir.

ARTHUR (con tranquila sabiduría). — Eso se explica fácilmente, mamá. (Sonríe con aire superior.) ¿No lo oíste esta mañana cuando despotricaba contra el cuatro

por así decirlo, y nuestro Richard no ha vuelto aún y ni siquiera sabemos dónde está.

MILDRED.—Oigo a alguien en la galería. Apostaría a que es él, mamita.

SRA. MILLER (*su ansiedad se convierte inmediatamente en aliviada ira*).—¡Échale un buen sermón, Nat! ¡Me oyes? ¡Eres demasiado blando con él, eso es lo malo! ¡Pensar que se atreve a volver a esta hora! (*Se abre y cierra la puerta de calle y alguien silba una sonada de vals.*)

MILDRED.—No, no es Dick. Es Art.

SRA. MILLER (*defraudada*).—Ah. (*Un momento después, entra Arthur por la sala del frente, silbando suavemente, al parecer muy satisfecho de sí mismo.*)

MILLER (*lo mira por sobre sus anteojos, sin mucho entusiasmo, y dice lacónicamente*).—De modo que has vuelto... ¿eh? Creíamos que era Dick.

de julio como un anarquista? No quiso confesárselo a ustedes... pero, con todo eso, le daban ganas de ver los fuegos artificiales. (*Agrega con aire engreído:*) Lo sé. Está en la edad de las tonterías.

MILLER (*mira fijamente a Arthur, con mal disimulada sorpresa y sonrisa*).—Caramba, Arthur... Me dan ganas de pedirte disculpas cuando hablas con tanto sentido común. (*Se vuelve hacia su mujer, muy aliviado.*) Creo que ha dado en el clavo, Essie. Era eso lo que yo no podía comprender. El por qué Ricardo... Pero ahora está claro como la luz del día.

SRA. MILLER (*con un suspiro*).—Bueno, supongo que tienes razón. Pero quisiera verlo ya en casa.

ARTHUR (*se saca la pipa de la boca y la enciende con solemne gravedad*).—A su edad, Dick no debiera estar fuera de casa a estas horas. A mí, si mal no recuerdo, no me dejaban hacerlo a sus años... con o sin cuatro de julio.

MILLER (*con un fulgor de malicia en los ojos*).—No te fatigues la memoria tratando de recordar los lejanos días de tu juventud. (*Mildred ríe y Arthur parece confuso. Pero no tarda en recobrar el aplomo.*)

ARTHUR (*con aire importante*).—La cena en casa de los Rand fué espléndida. Sirvieron molleja de ternera.

SRA. MILLER (*reaccionando momentáneamente de su depresión espiritual*).—¡Es muy propio de los Rand eso de pavonearse ante ti! Nunca le he visto nada de particular a la molleja de ternera. Siempre le he encontrado sabor a jabón. Y sin nada de nutritivo. ¡Yo no serviría en mi mesa ese plato insulso! (*Arthur vuelve a mostrarse turbado.*)

MILDRED (*burlona*).—¿Te despediste de Elsie con un beso?

ARTHUR.—¡Basta de hacerte la graciosa a cada momento! ¡Me duele el oído cuando te oigo decir esas cosas!

tiene una voz realmente hermosa. Practica cuando no estás en casa, Nat. Yo no sabía que te gustara el canto.

MILLER.—Pues sí que me gusta... nada me gusta más... y cuando niño, también yo tenía una linda voz y los míos solían decir que yo debía... (*Bruscamente, temiendo repetir su penosa experiencia anterior si narra recuerdos, dice con aire culpable, mirando a su alrededor:*) Hum... Pero no ocultes tu talento, Arthur. ¿Por qué no nos cantas un par de canciones? Tú podrías acompañarlo... ¿verdad, Mildred?

MILDRED (*meneando la cabeza*).—¡Sé tocar tan bien como Elsie Rand, por lo menos!

ARTURO (*haciendo caso omiso de ella y carraspeando de una manera importante*).—Esta noche he cantado mucho. No sé si mi voz...

MILDRED (*olvidando su resentimiento, agarra a su hermano del brazo y tira de él*).—Ven. No finjas modestia.

MILDRED. — ¡El dolor de oído me lo causa ella, la muy presumida!

MILLER (*irritado*). — ¡Y a mí, me lo causan ustedes dos, con sus eternas rencillas! ¡Dénme tregua! (*Un momento de silencio*.)

SRA. MILLER (*vuelve a suspirar, inquieta*). — ¡Ojalá viniera ese chico!

MILLER (*la mira preocupado, consulta furtivamente su reloj, se le ocurre una idea y se vuelve hacia su hijo*). Arthur... He oído decir que tienes buena voz. Rand me confesó que le gustaba oírte cantar... que cantas todas las veces que los visitas. ¿Por qué no nos proporcionaste nunca ese placer?

ARTHUR (*balagado, pero con su dignidad herida aún*). — Creí que ustedes se reírían de mí.

SRA. MILLER (*irguiéndose orgullosamente*). — Arthur

Bien sabes que te estás muriendo por lucírte. (*Esto saca inmediatamente de sus casillas a Arthur, que se desembaraza de su hermana con aire irritado*.)

ARTHUR. — ¡Suéltame! (*Con malhumorada dignidad*). Esta noche no estoy con ganas de cantar, papá. Lo haré en otra ocasión.

MILLER. — ¡Déjalo en paz, Mildred! (*Le hace un guiño a Arthur, indicándole con los ojos y un movimiento de cabeza a la señora Miller, que ha vuelto a sumirse en una cavilosa preocupación. Con la pantomima, Miller le sugiere claramente a Arthur que cante para distraer a su madre*.)

ARTHUR (*deja a un lado la pipa y se pone de pie rápidamente*). — Ah... Claro que sí. Haré todo lo que pueda. (*Sigue a Mildred a la sala del frente, donde enciende las luces*.)

MILLER (*a su esposa*). — Eso no despertará a Tommy. Nada podría despertarlo. Y Sid sería capaz de dormir con un terremoto. (*Súbitamente, mirando la sala del frente, con asperanza*.) Hablando de Roma... Ahí viene Sid. Bueno, ha dormido como Dios manda y debe estar ya despejado. (*Lily se levanta de su silla y mira a su alrededor con aire acosado, como buscando donde esconderse. Miller dice, con tono tranquilizador*.) Lily, siéntate y lee tu libro y no le prestes la menor atención. (*Lily se sienta y se inclina sobre su libro, con aire tenso. De la sala del frente llega el sonido de un piano. Mildred toca unas escalas. En plena música, Sid sale de la sala. Toda la efervescencia de su embriaguez se ha disipado, dejándole un saldo lamentable: está nervioso, enfermo, presa de melancólicos remordimientos y se odia y compadece a sí mismo. Tiene los ojos hinchados e inyectados en sangre, el rostro abatido, la cara de hielo — en torno de su col-*

hasta las lágrimas. Canta una vieja canción sentimental. El efecto sobre el auditorio es instantáneo. Miller se queda absorto, con cavilosa melancolía, y su rostro parece ahora dulcemente apenado y envejecido. La señora Miller también está absorta y cada vez más triste. Lily se olvida de simular que lee y atisba por sobre su libro, patéticamente triste. En cuanto a Sid, está conmovido hasta el fondo mismo de su culpa y sus remordimientos. La boca se le ha contraído en las comisuras y parece pronto a llorar. La canción termina. Miller se sobresalta, aplaude con entusiasmo y grita:) ¡Bravo, Arthur...! ¡Bravo! ¡Pero si tienes una voz espléndida! ¡Queremos oír más! Te gustó... ¿verdad, Essie?

SRA. MILLER (*apesadumbrada*). — Sí... Pero eso fué triste... muy triste.

SID (*después de tragar saliva penosamente, dice de pronto*). — Nat, Essie, Lily... no... no quiero pedirles

el rostro desgreñado, la boca un poco... en forma de un
vicie— desgreñada y enhiesta como un penacho. Se des-
liza furtivamente en el aposento con aire culpable, los
ojos huidizos, evitando mirar a nadie.)

SID (con sonrisa enfermiza y trémula).— Buenas no-
ches.

MILLER (con piadosa negligencia).— Buenas, Sid.
¿Dormiste bien? (Cuando Sid traga saliva con esfuerzo
y se dispone a hablar, se oye en la sala la voz de Mildred
que dice: "Hace tiempo que no lo toco, pero probaré",
e inicia un acompañamiento. Miller le hace gestos a Sid
de que se calle.) ¡Ssst! Arthur va a cantar para nosotros.
(Sid se reclina contra el filo de la biblioteca del centro,
con una lamentable conciencia de su culpa y muy inquieto,
pero con un nervioso temor de moverse de allí. Arthur
empieza a cantar. Su voz es bastante aceptable, pero su
método es un sentimentalismo sin restricciones que llega

perdón... por haber venido a casa... como vine...
No hay excusa posible... pero no quise...

MILLER (comprensivo).— Claro, Sid. Olvidemos eso.

SRA. MILLER (volviendo en sí, afectuosamente compa-
siva).— No seas tonto, Sid. Ya sabemos las cosas que
pasan en los picnics. Olvida eso. (El rostro de Sid se ilu-
mina un poco, pero su mirada pasa a Lily con muda
súplica, esperando de ella una palabra que no llega. Los
ojos de Lily están fijos en su libro, su cuerpo tenso y
rígido.)

SID (finalmente, en un arranque desesperado).— Lily...
lamento... lo de los fuegos artificiales. ¿Podrás... per-
donarme? (Pero Lily sigue guardando un implacable si-
lencio. Una sombra de dolor vela el rostro de Sid. En la
sala se le oye decir a Mildred: "Pero si sólo conozco el estri-
billo", y empieza otro acompañamiento.)

MILLER (acude en socorro de Sid).— ¡Ssst! Vamos a
oír otra canción. Siéntate, Sid. (Sid, bajando la cabeza, huye
al rincón más cercano, izquierda, primer término, y se
sienta en el extremo del sofá, de cara al público, encogido,
los codos sobre las rodillas, el rostro en las manos, los
redondos ojos reveladores de una infantil pena. Arthur
canta una canción popular, subrayando en todo lo posible
su aspecto sentimental. El efecto sobre su público es el
mismo de la canción anterior intensificado, sobre todo
en Sid. Cuando Arthur termina, Miller vuelve a sobresal-
tarse y aplaude.) ¡Magnífico, Arthur! ¡Lo has cantado
de una manera soberbia! ¿Verdad, Essie!

SRA. MILLER (tristemente).— Sí... pero preferiría
que no cantara cosas tan tristes. (Los labios trémulos.)
Richard silba siempre eso.

MILLER (presurosamente, alzando la voz).— Cántanos

Miller, casi igualmente conmovida, se ha levantado a me-
diás para acercarse a su hermano, pero Miller le guiña un
ojo y menea vigorosamente la cabeza y le hace seña de
que se siente.)

LILY.— ¡Vamos! ¡No llores, Sid! ¡No puedo sopor-
tarlo! ¡Claro que te perdono! ¿Acaso no te he perdonado
siempre? Ya sé que no tienes la culpa... ¡De modo
que no llores, Sid!

SID (alza hacia ella un rostro lacrimoso, humildemente
agradecido, patético, pero al cual el alba de una conciencia
purificada está empezando a devolver su traviesa expresión
de costumbre).— ¿Me perdonas de veras...? Sé que no
me lo merezco. ¿Podrías, realmente...?

LILY (con dulzura).— Ya te dije que te perdonaba,
Sid... y te perdono.

SID (le heca humildemente la mano, como un cachorro

algo alegre ahora, Arthur. Ya lo sabes, nada más que por variar.

SID (*súbitamente se vuelve hacia Lily, la voz estrangulada por las lágrimas, en un arranque de autoflagelación*). — ¡Tienes razón, Lily! ¡Haces bien al no perdonarme! ¡Soy un inútil y siempre lo seré! ¡Un vagabundo inútil y borracho! ¡Inútil para mí y para los demás! ¡Si tuviera algún coraje, me mataría y asunto terminado! ¡Pero no tengo valor para hacerlo! ¡Soy un cobarde, también! ¡Un vagabundo cobarde y borracho! (*Oculto el rostro en sus manos y empieza a sollozar, como un niño enfermo. Esto ya es demasiado para Lily. Toda la amargura de su herida y su férrea decisión de no mirarlo más y de castigarlo se desvanecen instantáneamente, vencida por el piadoso amor que Sid le inspira. Se abalanza hacia él y lo rodea con el brazo, hasta lo besa tierna e impulsivamente en la calva y lo tranquiliza como si fuera un chiquillo. La señora*

grande que se la lamiera). — Gracias, Lily. No sabría decirte... (*En la sala, Arthur empieza a cantar con picardía una canción y después del último verso Mildred canta con él. El semblante de Sid se ilumina de alegría al oír la canción y comienza a marcar el compás con el pie, aferrándole aún la mano a Lily. A cierta altura, no puede resistir a la tentación y canta a su vez, con voz trémula y ebullona: "Hoy no puedo hacerme una escapada para casarme contigo, mi mujer no me deja." Al acabar la canción, Mildred y Arthur se echan a reír, Miller y Sid rien, Lily sonríe al ver reír a Sid. Sólo la señora Miller sigue mostrándose triste e inquieta, como si no hubiese oído.*)

MILLER. — Estuvo bien, Arthur, Mildred. Muy bien.

SID (*volviéndose hacia Lily, con entusiasmo*). — ¡Le hubieras oído cantar eso a Vesta Victoria! ¡Qué maravillosa estaba! La oí durante aquel viaje a Nueva York... ¿recuerdas?

LILY (*de pronto cansada y triste de nuevo, porque el recuerdo de ciertos aspectos de ese viaje le evoca precisamente todo lo contrario de lo que habría querido recordarle Sid en ese momento, agrega, liberando su mano*). — Sí, lo recuerdo, Sid. (*Sid denota momentáneamente una confusión culpable. Lily vuelve a sentarse en silencio en su sillón. Desde ese instante, en la sala, Mildred empieza a recordar en el piano melodías populares, pero cada vez se atasca y empieza otra melodía.*)

SRA. MILLER (*repentinamente*). — ¿Qué hora es, Nat? (*Sin darle a su marido oportunidad de contestar.*) ¡Oh, temo algo terrible! ¡Quién sabe qué le ha pasado a Richard! Todos los días aparecen en los periódicos casos de niños atropellados por automóviles.

LILY. — ¡Oh, no digas eso, Essie!

MILLER (*con aspereza, para disimular su propia aprensión reavivada*). — ¡No empieces a imaginar cosas ahora!

ARTHUR. — ¡Claro que sí!

MILLER (*se pone de pie, frunce el ceño y dice serenamente*). — Yo pensaba ir a averiguar... si Richard no volvía a las doce en punto. En el caso de que perdiera el último autobús, no podía demorar más viniendo a pie de la playa. Pero ahora iré, si eso puede tranquilizarte. Recorreré con el auto el camino de la playa... y es probable que lo encuentre durante el trayecto. (*Ha descolgado su cuello y su corbata de la esquina de la biblioteca de foro, centro, donde penden, y se dispone a ponérselos.*) Más vale que me acompañes, Arthur.

ARTHUR. — Naturalmente, papá. (*De pronto escucha y dice:*) ¡Ssst! Alguien ha entrado en la galería... Viene aquí. Debe ser él. Ningún otro haría eso...

SRA. MILLER. — ¡Oh, gracias a Dios, gracias a Dios!

MILLER (*con sonrisa confusa*). — ¿Qué diablos! Siento tentaciones de darle una buena paliza por habernos in-

SRA. MILLER. — ¿Acaso no podría ser? ¡Piensa que toda la gente con automóvil ha salido esta noche de paseo y que muchos de los que manejan están borrachos! ¡O quizá Richard haya ido al muelle y se haya caído al agua! (Al borde de la historia.) ¡Oh, sé que ha sucedido algo espantoso! Y ustedes se quedan sentados aquí escuchando canciones y riendo como si... ¿Por qué no hacen algo? ¿Por qué no van a buscarlo? (Estalla en sollozos.)

LILY (acercándosele rápidamente, la rodea con el brazo). — ¡Essie, no debes afligirte así! ¡Te enfermarías! Richard está bien. Presiento que está bien.

MILDRED (acudiendo de prisa de la sala). — ¿Qué pasa? (Arthur aparece en el umbral, a su lado. Mildred va hacia su madre y la rodea también con el brazo). — ¡Vamos, mamita! ¡No llores! ¡Richard volverá dentro de un par de minutos, ya lo verás!

quietado así. (Se abre violentamente la puerta de alambre tejido y Richard irrumpe en la habitación y se desiene, tambaleándose un poco y parpadeando bajo la luz. Su rostro ostenta una palidez pastosa, el sudor brilla sobre él y sus ojos están vítreos. Las rodillas de sus pantalones están sucias y una de ellas desgarrada por su caída sobre la acera a causa del puntapié del barman. Todos lo miran boquiabiertos, demasiado petrificados al pronto para decir algo.)

SRA. MILLER. — ¡Oh, Dios mío! ¿Qué le ha pasado? ¿Se ha vuelto loco? ¡Richard!

SID (el primero en recobrar su presencia de ánimo, con una sonrisa). — ¡Qué ha de estar loco! ¡Sólo está borracho!

ARTHUR. — ¡Sí! ¡Está borracho! (Escandalizado y con tono de condenación.) ¡Vaya un descaró! ¡El muy mocoso! ¡Ya te quitaremos eso cuando vengas a la universidad!

RICHARD (con salvaje gesto de desafío y patetismo de ebrio:)

"Ayer, la locura de este día preparó el silencio, el triunfo o la desesperación de mañana. ¡Bebed por...!

MILLER (severo y enojado, da un paso hacia él con aire amenazador). — ¡Richard! ¿Cómo te atreves a...?

SRA. MILLER (histéricamente). — ¡No le pegues, Nat! ¡No le...!

SID (agarrando del brazo a Miller). — ¡Cuidado, Nat! ¡Domínate! ¡Es inútil reprocharle nada ahora! ¡No sabe qué está haciendo!

MILLER (dominándose, al parecer algo avergonzado). — Bueno... Tienes razón, Sid.

MILLER (rodeando a su mujer con el brazo). — Sí, déjasele a Sid.

SID (rodeando con el brazo a Richard, lo conduce a través de la sala del frente). — ¡Ven, amiguito! ¡Vamos arriba! Tu viejo tío Sid te curará. ¡Esto no tiene secretos para él!

SRA. MILLER (siguiéndolos con la mirada absorta, asustada aún). — ¡Oh, esto es demasiado terrible! ¡Nuestro Richard! ¡Imagínate! ¿Y oíste que habló de una tal Hedda? ¡Oh, ya sé que ha estado con una de esas malas mujeres, lo sé! ¡Mi Richard! (Oculta el rostro contra el hombro de Miller y solloza con desconsuelo.)

MILLER (con inquietud, fatiga y pena, calmándola). — ¡Vamos, vamos, déjate de imaginarte esas cosas! ¡No debes haccerlo, Essie! (Lily, Mildred y Arthur están inmóviles, atulados e impresionados.)

RICHARD (*deleitándose como buen borracho con la impresión que causa, recita con dramática teatralidad*).—
"Y entonces... ¡vendré con hojas de parra en el cabello!" (*Ríe, con una risa sardónica de cínico consumado*.)

SRA. MILLER (*mirándola absorta, como si no pudiera dar crédito a sus ojos*).— ¡Richard! ¡Estás borracho! ¡Niño malo... perverso!

RICHARD (*con una risita maligna que brota con esfuerzo de sus labios, cita con grave burla*).— "¡Imagínatelo, Hedda!" (*Bruscamente todo su aire cambia, su palidez cobra un tinte verdoso, de mareo, sus ojos parecen volverse hacia adentro penosamente, y, desaparecida toda su actitud teatral, se vuelve hacia su madre suplicante, como un niño enfermo*.) ¡Mamita! Me siento... ¡muy mal! (*La señora Miller lanza un grito y se abalanza hacia él, pero Sid se le interpone en el camino*.)

SID.— Déjalo en mis manos, Essie. Me conozco esto de memoria.

ACTO CUARTO

ESCENA I

Escenario, el mismo: la sala de los Miller, alrededor de la una de la tarde del día siguiente

vacilando, con aire nervioso e impresionado

TELÓN

¡AH SOLEDAD!

289

MILLER (*finalmente, con tono irritado*).— ¡Qué diablos, yo debiera estar en la oficina y echar allí unos cuantos sermones! ¡Hoy tengo un montón de cosas que hacer!

SRA. MILLER (*acusadora*).— ¡No querrás decir que piensas irte sin hablar con él? ¡Tu deber es...!

MILLER (*exasperado*).— ¡Claro que no me iré sin hacerlo! ¡Te ruego que no deduzcas conclusiones prematuras! ¿Podría saberse para qué he venido a casa, de no ser así? ¿Acaso vuelvo habitualmente a almorzar los días de mucho trabajo? Pero me habría gustado que esto no sucediera... precisamente en estos momentos. (*Concluye la frase sin muchas brías y esto lo irrita bastante*.)

Al levantarse el telón, la familia, con excepción de Richard, llega por la sala de los fondos. Acaba de almorzar en el comedor. Primero, entran Miller y su mujer. El rostro de él está contraído, revelando ceñuda severidad. El de ella, demudado e inquieto. Evidentemente, no ha descansado aún después de una noche insomne y de abundantes lágrimas. Sid ha vuelto a ser el de siempre, su aire es tan inocente como si la víspera no le hubiese sucedido nada. Y, fuera de sus ojos inyectados en sangre y de sus nervios trémulos, no revela más vestigio de su borrachera que una gran somnolencia. Lily está dulcemente triste y deprimida. Arthur es el intachable joven virtuoso y pagado de sí mismo. Mildred y Tommy están callados y observan a su padre a hurtadillas.

Todos entran en silencio y se quedan parados con indecisión, como si cada cual temiera ser el primero en sentarse. La atmósfera sigue siendo tan solemnemente grave como si estuviesen en unos funerales. Todos los ojos están fijos en el jefe de la familia, que se ha acercado a la ventana de la derecha y mira afuera con el ceño fruncido, mordiendo de un modo salvaje un palillo de dientes.

y lo lleva a través de la sala del frente. Arthur queda rezagado, como si la denominación de "niños" no pudiera aplicársele de ningún modo. Su padre lo nota y dice, con impaciencia: Tú también, Arthur. (El joven sale ceremoniosamente y con aire ultrajado.)

LILY (con mucho tacto). — Creo que también yo saldré a dar un paseo. (Mutis por la sala del frente. Sid hace ademán de seguirla.)

TOMMY (que se ha estado moviendo con impaciencia y no puede soportar ya la tensión). — ¿Qué ha hecho Dick? ¿Por qué tienen miedo de decírmelo todos?

MILLER (aprovecha esto como una válvula de escape, se vuelve y mira a su hijo menor con aire severo). — ¡Jovencito, nunca te he dado una paliza aún, pero eso no significa que no te la daré! ¡Creo que te la has estado buscando últimamente! Quédate callado hasta que te hablen... ¡o pasará algo, te lo advierto!

SRA. MILLER. — Sí, Tommy. Cállate y no molestes a tu papá. (Con tono de advertencia a su marido.) Cuidado con lo que dices, Nat. Las jarras pequeñas tienen asas grandes.¹

MILLER (imperativo). — Váyanse de aquí, niños... Váyanse todos. ¿Por qué están siempre dentro de la casa? Salgan y jueguen en el patio o den un paseo y tomen un poco de aire fresco. (Mildred aferra de la mano a Tommy)

¹ Sin duda, aquí el autor se propone un juego de palabras, ya que "ears" no sólo significa "asas", sino también "oídos", aludiendo a que Tommy ya está en edad de comprender ciertas expresiones. (N. del T.)

SRA. MILLER (mira con severidad a su hermano). — ¡Yo que tú, me callaría! (Volviéndose hacia su marido.) Richard debe sentirse mejor. Nora dice que se comió todo el almuerzo que le mandé a su cuarto.

MILLER. — Creí que no le darías de almorzar... para castigarlo.

SRA. MILLER (con aire culpable). — Bueno... Dado

MILLER. — Preferiría que te quedaras, Sid... por un rato, al menos.

SID. — Muy bien. (*Se sienta en la mecedora que está a derecha foro de la mesa e inmediatamente bosteza.*) Caramba, estoy exhausto. No sé qué me pasa hoy. Parece que no puedo estar despierto.

MILLER (*con cáustico sarcasmo*). — ¡Quizá te haya envenenado ese pescado sancocado que comiste en el picnic! (*Sid parece confuso y responde con una sonrisa forzada. Miller se vuelve hacia su mujer, con el aire del hombre resuelto a afrontar lo desagradable.*) ¿Dónde está Richard?

SRA. MILLER (*agitada*). — Sigue en cama. Lo obligué a que se quedara en cama para castigarlo... y creo que debía quedarse allí, de todos modos, después de haber estado tan indispuerto. Pero dice que ya se siente bien.

SID (*con otro bostezo*). — Claro que sí. Cuando uno es joven, puede soportarlo todo sin que le haga mella. Recuerdo los tiempos en que yo podía bajar a la mañana siguiente, fresco como una lechuga, y comerme un desayuno de chuletas de cerdo y cebolla frita y... (*Se detiene, con aire culpable.*)

MILLER (*mordaz*). — ¡Supongo que eso fué antes de que estropearas tu organismo de hierro comiendo caparzones de cangrejo!

su estado de debilidad... creí que lo mejor era... (*La defensiva.*) Pero no creas que no lo he castigado. Le he echado un sermón que tardará en olvidar. Y le he repetido unas cuantas veces que todavía lo esperaba un verdadero castigo... que vendrías a almorzar a casa especialmente para eso... y que, entonces, vería que tú sabes ser severísimo cuando él hace cosas tan horribles.

MILLER (*se mueve, incómodo*). — ¡Hum!

SRA. MILLER. — Y ese es precisamente tu deber... ¡Castigarlo en forma! Pensar que se ha atrevido a... (*Precipitadamente.*) Pero ten cuidado al hacerlo, Nat. Recuerda que Richard se te parece espiritualmente... es más sensible de lo que le convendría. Y él no lo habría hecho, lo sé, de no haber sido por esa tontita de Muriel y por el imbécil de su padre... y porque nos empeñamos en burlarnos de él y en herir sus sentimientos durante todo el día... y luego, tú perdiste los estribos y te mostraste duro con él después de cenar, antes de que se marchara.

MILLER (*con resentimiento*). — ¡Ya veo que, en definitiva, el culpable de todo esto voy a resultar yo!

SRA. MILLER. — ¿Acaso he dicho eso? No pierdas los estribos de nuevo. Y además, otra cosa. Sabes tan bien como yo que Richard nunca habría hecho eso solo. ¡Si ni siquiera habría sabido cómo hacerlo! Alguien debe haberlo aconsejado e influido sobre él.

MILLER. — Sí, creo que sí. ¿Conseguiste que te dijera

quién fué? (*Irritado.*) ¡Por Dios que se lo haré pagar caro al que sea!

SRA. MILLER. — No, Richard no confesaría que hubo

mañana para mí, en la mesa de entradas de la oficina... No pidió verme: simplemente dijo que me dieran esto. El empleado nunca la había visto... Dijo que parecía

otro. (Con tono triunfal.) Pero he podido averiguar algo... y te aseguro que me alivió mucho. Como sabes, yo temía que hubiese estado con una de esas malas mujeres. Pues bien: resulta que no hubo tal Hedda. Esa Hedda, simplemente, es un personaje de uno de esos libros que ha estado leyendo. Richard jura y perjura que nunca conoció a ninguna Hedda. Y le creo. ¡Si hasta pareció enojarse conmigo porque se me ocurrió esa idea! (Más débilmente.) De modo que... creo que las cosas no fueron tan graves como lo pensé. (Con rapidez e indignación.) Pero así y todo, lo fueron bastante... y debes castigarlo debidamente lo mismo. ¡Pensar que un niño de su edad...! ¿Subo a decirle que se vista porque quieres hablar con él?

MILLER (con aire impotente e irritado). — ¡Sí! ¡No puedo perderme todo el día escuchándote!

SRA. MILLER (inquieta). — ¡Y ahora, Nat, no te olvides de conservar la calma! (Sale por la sala del frente.)

MILLER. — ¡Malditas mujeres! Siempre lo confunden a uno. ¡Sus cerebros ignoran simplemente qué es la lógica! (Al notar que Sid dormita, le dice con aspereza:) ¡Sid!

SID (parpadeando mecánicamente). — Tomaré lo mismo. (Precipitadamente.) ¿Qué decías, Nat?

MILLER (con tono cáustico). — No te pregunté qué querías tomar. (Con irritación.) ¿Quieres servirme de algo o no? Entonces, consérvate despierto y procura usar tus sesos. ¡Esto es mucho más serio de lo que supone Essie! Ella cree que en la parranda de Richard no hubo muchachas... ¡pero yo sé que las hubo! (Saca una carta del bolsillo.) He aquí una carta que una mujer dejó esta

una mujerzuela. (Ha abierto la carta y lee:) "Su hijo obtuvo el licor que bebió anoche en el bar de Pleasant Beach. El camarero sabía que era menor de edad, pero se lo sirvió lo mismo. Le pareció divertido emborracharlo. Si usted tiene sangre en las venas, echará del pueblo a ese bribón." Bueno... ¿Qué te parece? Es letra de mujer... Sin firma, naturalmente.

SID. — Sí, es una de ésas... a juzgar por su elegante lenguaje.

MILLER. — Mira si reconoces la letra.

SID (con una mirada de reproche). — Nat, me molesta que insinúes que mantengo correspondencia con todas las vagabundas de las cercanías. (Mirando la carta.) No, no sé quién podrá ser ser ésta. (Devolviéndole la carta.) Pero deduzco que la dama tuvo un incidente con el camarero y quiere vengarse.

MILLER (ceñudo). — Y yo, deduzco que debió pescar a Richard antes... ¿o cómo habría podido adivinar quién era?... y que se lo llevó a ese tugurio.

SID. — Posiblemente. El bar de Pleasant Beach no es más que una casa de citas... (Rápidamente.) Por lo menos, eso es lo que me han dicho.

MILLER. — Esa fué precisamente la estupidez a que debió sentirse impulsado Richard por despecho contra Muriel, dado el estado de ánimo en que estaba: enredarse con una mujerzuela. Y ella habrá tratado de emborracharlo tanto que...

SID. — Sí, puede que haya ocurrido eso... y puede que no. ¿Cómo vamos a probarlo? Toda la gente del bar de Pleasant Beach jurará que no.

MILLER (*con sencillez y orgullo*). — Richard no mentará.

SID. — Pues no lo culpes si no recuerda nada de lo ocurrido anoche. (*Sinceramente preocupado*.) Ojalá te equivoques, Nat. Esa clase de mujeres son peligrosas para un niño como Dick... en muchos sentidos. Ya me entiendes.

MILLER (*frunciendo el ceño*). — Sí... y eso es precisamente lo que me inquieta. Caramba, tengo que hablar francamente con él... de las mujeres y de todas esas cosas. Hace tiempo que debí hacerlo.

SID. — Sí. Debiste hacerlo.

MILLER. — Lo intenté un par de veces. Lo hice sin dificultad con Wilbur y Lawrence y Arthur, cuando llegó la hora... pero, qué diablos, con Richard siempre me sentí algo así como avergonzado de mí mismo y no pude iniciar la conversación. Uno adivina que, a pesar de todas sus audaces citas de los libros, es tan inocente en el fondo...

SID. — Lo sé. No me gustaría tener que decírselo. (*Después de una pausa, con curiosidad*.) ¿Cómo te propones castigarlo por sus pecados?

MILLER (*frunciendo el ceño*). — Para serte franco, Sid, que me condenen si lo sé. Todo depende de lo que adivine sobre sus sentimientos cuando pueda sondearlo... y si no, todo será como disparar tiros en la oscuridad.

SID. — Si yo no te conociera tan a fondo, te diría que no fueses demasiado cruel con él. (*Sonríe con cierta amargura*.) Como recordarás, a mí me castigaban siempre... ¡y ya ves de qué me ha servido!

MILLER (*bondadosamente*). — Oh, los hay peores que tú, de modo que no fanfarronees. (*Luego, al oír un rumor que llega de la sala del frente, dice con un suspiro*.) Bueno, creo que ahí viene el Hombre Malo.

SID (*levantándose*). — Me voy. (*Pero quien aparece en el umbral es la señora Miller, con aire culpable y a la defensiva. Sid vuelve a sentarse*.)

SRA. MILLER. — Lo siento, Nat... pero estaba profundamente dormido y no tuve el valor de despertarlo. Esperé a que se despertara solo, pero no se despertó.

MILLER (*dissimulando un alivio que lo avergüenza, dice con exasperación*). — ¡Bueno, que me condenen! Eres una...

SRA. MILLER (*agresivamente, a la defensiva*). — ¡No pierdas ahora los estribos conmigo, Nat Miller! Sabes tan bien como yo que Richard necesita hoy dormir todo lo posible... ¡después de la francachela de anoche! ¿Quieres que se enferme? ¿Y qué te importa eso, de todos modos? ¿No podrás hablar acaso con él cuando vuelvas a cenar? ¡Dios mío, nunca vi a un hombre más irascible! ¡Se diría que no ves la hora de castigarlo!

MILLER (*ofendido*). — Bueno, que me condenen si... (*Súbitamente se echa a reír*.) ¡Es inútil hablar, siempre me vences! Pero bien sabes que esta noche no vendré. Tengo una cita con Jack Lawson que puede significar muchos avisos nuevos e importantes.

SRA. MILLER. — Entonces, podrás hablar con Richard cuando vengas.

MILLER (*dissimulando su evidente alivio ante esta tregua con una aparente cólera*). — ¡Perfectamente! ¡Perfectamente! ¡Me rindo! ¡Vuelvo a la oficina! (*Marca un falso mutis hacia la sala del frente*.) Pensar que me has hecho volver aquí un día de tanto trabajo y luego... ¡Qué falta de consideración! (*Desaparece, y un momento después se oye cerrarse detrás de él la puerta de calle*.)

SRA. MILLER. — ¡Vamos! Nunca vi a Nat tan irascible.

